

202

62

Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso

Volcánica

octubre · october

L	M	M	J	V	S
2	3	4	5	6	7
9	10	11	12	13	14
16	17	18	19	20	21
23	24	25	26	27	28
30	31				

ore · december

M	J	V	S	D
		1	2	3
5	6	7	8	9
12	13	14	15	16
18	19	20	21	22
25	26	27	28	29
			30	31

Erika Mergruen, Lucía Rojo, Irlanda Durán, Ayla Krisztina Issa Cabello, Ian Castelo, Yuliana Cruz, Ana Gabriela Morales Ríos, Leilani Z. Vargas, Luis González, Ana Jácome, Lorenza Ortega, A. J. Roque, Aline Basail, Georgina Mexía-Amador, Karla Arroyo, Antonio Arjona Huelgas, Adriana Otero, Dilsia Zoskia, Xaver B. Tajonar, Carmen Macedo Odilón, Anezly Ramírez, Miguel López González, Belem Eslava, Citlalli Mejía Almonte, Miguel Lupián

Penumbria

Revista fantástica para leer en el ocaso

Volcánica

Diciembre, 2024



ÍNDICE

Torre de Johan Rudisbroeck	Pero el volcán duerme
Tienda de antigüedades del perverso	Nacimiento
Mefisto	Los ojos
La isla de los cantos	Como un cristal
V de volcán	De lo volcánico en la tierra y cruzando las
Itzeyolotl	fronteras
Mons Vesuvius	Erupción
La crónica apócrifa de José Revueltas	La niña del volcán
Nacimos del fuego	Legado de fuego
Jamás Cumal	Nuevo Parícutín
Inmolarme	Romance bajo el volcán
Madre.Muerte.Ceniza	Xuul
La que arde	Almas visionarias
Vulcano extinto	Autómatas
Cenizas	
Erupción melancólica	
La volcana	

TORRE DE JOHAN RUDISBROECK

Miguel Lupián

*En la vieja tumba
hay fuego nuevo*

Dr. Atl

“Existe una pequeña tradición en donde la literatura ha construido su casa con los restos de las erupciones volcánicas”, apunta Marco Antonio Murillo en el prólogo de *Magma y arena*, poemario volcánico de Kary Cerda, y justo esa fue nuestra intención al lanzar esta convocatoria.

La respuesta, como siempre, superó nuestras expectativas y comprobamos que “los volcanes están vivos y con ellos el cosmos entero”, como apuntó el antropólogo Julio Glockner.

Volcán: metáfora del fuego interior, del renacimiento. Volcán: protagonista de mitos, leyendas y cosmogonías. Volcán: representación máxima de la ira y la melancolía. Volcán: tierra indómita e inflamable, como nuestros cuerpos.

25 historias que –a través de lo fantástico, lo terrorífico y lo especulativo– chamuscan todo a su paso.

El Tentáculo de obsidiana se lo llevó Erika Mergruen con “La Isla de los Cantos” por la forma tan poética y precisa de crear una cosmogonía.

Y el maravilloso arte corrió a cargo de Katalina Ramírez Aguilar.

Sólo me resta pedirte que, como canta José Fors, mandes tu mente de paseo y dejes que el fuego sea tu dios.

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO



LA ISLA DE LOS CANTOS

Erika Mergruen

México

Tu boca seca aún guarda el regusto de las flores fermentadas. Tropiezas, pero las manos sobre tus hombros impiden tu caída. Los rostros y el fuego de las antorchas se ensanchan, se estrechan, se mezclan y giran como si el aire hubiera transmutado en agua. Todos te rodean entre percusiones y sonidos guturales; agitan los brazos, sacuden la cabeza; sus pies golpean la tierra. Avanzas como si el suelo quisiera escapar de tus plantas. Las manos sobre tus hombros te sostienen, te guían, te apresuran. Elevas la mirada: las estrellas también giran. Enfrente, el volcán se mantiene firme, sólo su fumarola y su fulgor ondean. Eres la elegida, te lo han dicho tu madre y el chamán; eres la elegida, te lo han dicho mientras bebías el fermento de las flores moradas, con su dulzor a descomposición. Las florecillas que nadie tocaba, nadie olía, porque estaban destinadas a la elegida, tú, la que saciará el hambre del volcán. Carne al fuego que todo lo ha creado, carne al fuego que nos da vida, carne al fuego que permite el regreso del sol. Te tambaleas. Las loas y los graznidos de las aves nocturnas te quieren hacer tropezar; avanzas sobre la roca, y las manos sobre tus hombros pesan cada vez más. Todo se agita. Tu visión baja, sube, baja, sube, baja hasta que logra enfocarse en la grieta: el cráter adventicio, profundo, ígneo, que es, ha sido y será, aunque todos los rostros conocidos ya no estén. Dudas un segundo; las manos sobre tus hombros te cimbran, y las voces son un grito. Intentas asirte a algo, a alguien, pero tus brazos sólo revolotean en el aire caliente como mariposas heridas. Las manos sobre tus hombros te abandonan sólo para jalar tu cabellera: un dolor agudo recorre tu cuello, intentas gritar: tu voz sólo es un gorgorito: te ahogas, te ahogas y todo sabe a óxido y al color de tu sangre que es el alimento del fuego. Dolor. Llevas tus manos

a tu cuello abierto, húmedo, viscoso. Borbotea el horror: las manos guías te empujan. Caes, te ahogas, caes, ignición. Luego nada. Silencio...

Estruendo.

Diminuta. Flotas dentro de una burbuja que asciende. Estruendo, siseo: el agua y el fuego se enredan y desenredan. Diminuta. Observas: la lava reptante por el fondo marino, como un monstruo incandescente hambriento del azul del agua. Ascendes, diminuta, entre cientos, miles de burbujas. Arriba, arriba, arriba hasta que la superficie del mar te libera. Chapoteas aturdida. Inhalas (el dolor del agua). Inhalas (el dolor del aire). Un regusto a carne quemada persiste en tu boca húmeda. Diminuta. El hambre te sacude. Entonces los descubres, tan diminutos como tú, de formas varias, bioluminiscentes, copiosos. Los atrapas, los destazas, a esos otros seres minúsculos que intentan escapar. Devoras sus patas, sus antenas, sus cilios, sus tentáculos. Te hundes, chapoteas, flotas, devoras.

Saciada, desde la superficie del mar, observas: la isla, la playa, las palmeras y la fumarola que se eleva desde el cráter para ocultar las estrellas. Es la Isla de los Seres con Piernas, la del volcán dador de vida. Diminuta, giras: contemplas el mar abierto. Tu instinto te guía: nadas, nadas, todavía imperfecta. Tu cola pisciforme y tus brazos conocen la ruta: nadas hacia la Isla de los Cantos donde los de tu especie, sirena, se guardan hasta llegar a la edad adulta.

V DE VOLCÁN

Lucía Rojo

México

Despiertas con el cabello pegado a la frente, fría de sudor. Una bruma de incendio reptante por el techo buscando cielo abierto. Apenas sientes el aire caldoso cierras la nariz y los pulmones, luego una arcada como una pinza mete el puño entre tus costillas: el intento de tu cuerpo por expulsar el olor a azufre. Pero tus células exigen su cuota de oxígeno e

inhalas hierro fundido.

Se incendia la casa, piensas, pero antes que puedas levantarte de la cama para huir, las placas tectónicas de tu cadera convergen y chocan. Las ondas sísmicas te sacuden. Tiembblas como un cerro cuando se desgaja. ¿Qué es esto? Tu cobija se enciende, una llama que es una mano te saluda mientras consume la tela. Haces un esfuerzo para controlarte y avientas el edredón lejos de ti; tras él una nube de ceniza se libera. Es tan densa, podrías arrancarle un cacho si tus manos no estuvieran aferradas a las sábanas. Entre tus piernas, tus calzones cedieron al fuego y parte de la ropa se te ha pegado a la piel. Necesitas liberarlo, ahora sabes cómo te envenena el vientre. Con un gemido metes los dedos entre los restos de tus bragas para desprenderlas.

Tu monte de Venus reclama su lugar entre las cumbres sometidas por el hombre. La tierra de tu pubis se ha ennegrecido durante la noche para formar costras de una ira sin tiempo, y en el centro de tus labios un cráter como fruta abierta supura un magma o una pus, una herida incandescente que hierve porque ya no cabe, porque tanto y tantas veces, y alguien debe decir y si no dice, explota.

La miras desde arriba, con el orgullo y el horror, a tu vulva volcánica.

La presión te hace apretar los dientes, cerrar los ojos, echar la cabeza atrás. ¿Estás dando a luz? Una ola de lava revienta como una estrella y sus puntas, gotas de sol, se llueven desde tus piernas hacia la habitación. El dolor te parece inofensivo, y si llegaras a sentirlo seguro lo verías como un mal necesario: necesita salir. La masa de roca fundida empieza a hacer caminos por el colchón que inmediatamente se prende; y entre esas venas, a medio flotar, a medio perecer, la ves como la primogénita de muchas: la Venus de Hohle Fels, la estatuilla humana más antigua encontrada representa a una mujer, como tú, con una vulva agigantada hasta las rodillas. Pujas, viene otro, luego otro y otro más.

Las luces de las pequeñas brasas a tu alrededor alumbran trozos de obras de arte que has visto en diferentes momentos de tu vida. Miras por un momento entre la lava, digeridas en parte por el líquido iluminado, una veintena de piezas, esculturas, pinturas; representaciones antiguas y nuevas de lo que tan sólo el día de ayer te parecía tan común

tener entre las piernas. Todas desaparecen lentamente, abatidas en su fallo. Lo sabes, ninguna dice, ninguna significa en totalidad. *El origen del mundo* de Courbet, *Mi nacimiento* de Kahlo, el *Ioni* hindú o las *Sheela na Gigs* con sus grandes bocas uterinas. Ni la divinidad, ni el pecado; ni la creación, la maternidad o la obscenidad.

Tu vagina ruge como una bestia de piedra, exhala y escupe porque ahora le pesan los significados y ya no aguanta. Quiere vaciarse. Te crujen las entrañas entre relámpagos de carne. La lumbre se ha extendido hasta las cortinas, jalas aire pero nada entra.

Tranquila, ya pasará. Eres erupción, preludeo de calma.

ITZEYOLOTL

Irlanda Durán

México

*La muerte es todo esto y más que nos circunda
Y nos une y nos separa alternativamente,
que nos deja confusos, atónitos, suspensos,
con una herida que no mana sangre.
Entonces y sólo entonces, los dos solos
sabemos que no es el amor sino la oscura muerte
la que nos precipita a vernos cara a los ojos
y a unirnos y a estrecharnos, más que solos y náufragos,
Todavía más, y cada vez más, todavía.*
“Nocturno de la alcoba” / Xavier Villaurrutia

Hace cuánto que los días perdieron significado, marcados por los ciclos circadianos del insomnio que me es habitual en tu ausencia, y ese aleteo que desentumece mi corazón cuando vuelves a casa. El timbre está escondido donde tú sabes. No quiero que nadie más lo haga sonar, que se atrevan a producirme el estremecimiento de saberte frente a la puerta.

El jardín está lleno de malas hierbas. Han crecido sin control. Serpientes y babosas se arrastran a la luz de la luna llena. Rosas exuberantes de vida, maléficas, han devorado mi tranquilidad, como recordándome que estarán ahí, hasta que tus pasos las arruguen y deformen, despojándolas de su obscena belleza.

En esta casa sólo hay una cama individual, un par de cubiertos en la alacena y poca comida. Vegetales, algunos pudriéndose. Aquí no hay nadie, más que yo, y esta tremenda necesidad de ti. Tiemblo de miedo al pensar en que llegaras y me descubrieras entre las piernas de otro ser humano, no tanto por lo que podría sucederle a ese acompañante ocasional, sino por la posibilidad de que dieras media vuelta y no volvieras. Mi única compañía son los conejos de monte, que, como animales de malas costumbres, han roído sin tregua los relieves de nuestra cama. Ya me hubiera deshecho de ellos, de no ser porque son tus favoritos. Son una verdadera molestia. En fin, lo considero un daño colateral.

El umbral ya desea besar tus pies desnudos, querida. Te extraño. He tenido demasiada paciencia. Y algo de mala suerte. Mis intentos por encontrarte por mi cuenta siempre han fallado. Me han dejado medio rostro desfigurado, ceguera en el ojo izquierdo, varios huesos rotos y una cojera exasperante. Pero puede que esta sea mi noche. Tal vez hoy te decidas por mí.

Llegaste. Te noto fatigada. El hastío ha dejado marcas en tu piel luminosa, pero aun así brillas y acaparas toda mi atención. Tu ceño fruncido me hace temer que tu visita será corta y desangelada. Parloteo. Levanto los recortes de periódicos que están desparramados por todos lados, para mostrártelos. Montones de periódicos que me sirven de consuelo, que me hablan de ti.

Tu cara se ilumina cuando encuentras al conejo sobre la mesa. Olisquea la punta de tu dedo, curioso. Como siempre, adelantas una caricia entre sus orejas, con una sonrisa casi infantil, divertida. La nariz del conejo deja de moverse, súbitamente. Ya no sonrías y lo aprietas entre las manos antes de dejarlo caer al suelo, exánime. Suspiras. Una lágrima furiosa recorre tu rostro pálido. Una sola, antes de evaporarse. Espero, cada vez más angustiado, a que me mires e interrumpas este monólogo absurdo. Pero permaneces

hermética, brutal.

Poco a poco mis palabras desaparecen, aniquiladas por las horas. Aborrezco el tiempo perdido, entre las luces que se cuelan a través de las cortinas desgarradas. Contemplo tu espalda encorvada, mientras te desnudas frente a mí, sin ocultarte. Me pierdo fascinado entre tus protuberancias y huecos. Te metes en nuestra cama, dándome la espalda. Entonces el sueño nos separa nuevamente. Huyes de mí, te escondes entre los dientes, impidiéndome pronunciar tu nombre. Preguntarte por qué me estás haciendo esto.

Para sentirme menos solo, me desnudo también y me acuesto junto a ti. He aprendido a tolerar el frío que se me mete hasta los huesos y ese silbido quedito, agudo a veces, de cuando duermes al fin. Entonces el tiempo se detiene. Y me gusta imaginar que sueñas con ser mortal, y que puedes acercarte. Desearme tanto como yo te deseo.

Me abrazo a mí mismo, imaginando que eres tú quien lo hace. Que me sonrías como al conejo, y que al fin aceptas que fue un error ese beso maldito.

Apenas era un niño cuando apareciste entre los escombros humeantes, caminando imponente sobre el río de lava que calcinaba todo a su paso. No pude amar a nadie más desde que depositaste ese beso ardiente en mi palma abierta, para después abandonarme a una suerte mucho peor que a los que partieron entre gritos de pánico y dolor. Me elegiste como tuyo. Desde entonces he seguido tu paso en todos los observatorios posibles, y ahí estabas: omnipresente, inevitable. Te llamaron Tambora, Krakatoa, Laki, Vesubio, Etna, Paricutín. Comprendí el destino de tus pasos de fuego. Sólo encontraría la paz cuando tú lo eligieras, en el silencioso mausoleo de tu regazo. Volvías a casa. Volviste por mí.

Al amanecer, un resplandor anaranjado y siniestro golpea mis párpados cerrados, forzándome a despertar. Ya no estás. Tu ausencia es un dolor agudo que me resquebraja las entrañas y se ensaña en las cicatrices de las muñecas, en las del cuello, en el alma. Entonces la tierra se sacude, y aspiro el espeso neblumo que entra por la ventana. Huele a carne quemada. Logro arrastrarme y salgo al balcón, desnudo, completamente solo. Me pongo en pie y contemplo el escenario de pesadilla donde te vi por primera vez.

Soy el único sobreviviente entre la marea de fuego. Nuestra casa sigue en pie, intacta, como desde hace siglos. Alcanzo a ver tu silueta, alejándose sobre la lava ardiente, sin mirar atrás. Y al entrar a casa, consternado, encontré al lado del conejo muerto una rosa marchita, y tengo el vago recuerdo de unos labios quemando los míos. Eso me da la certeza espantosa, y a la vez esperanzadora, de que ese amor terrible te hará volver, tal vez en el fin de los tiempos, y que me llevarás contigo. Que no vas a olvidarme.

MONS VESUVIUS

Ayla Krisztina Issa Cabello

México

No hay nadie que no tema ser encantado por una maldición.

Plinio el Viejo

24 agosto 79 d.C.

Desde Miseno, Plinio el Joven vio a su tío, Plinio el Viejo, partir en sus galeras a la orilla de la bahía de Nápoles, del otro lado del golfo. Allí, la columna de humo que expulsaba el Vesubio ascendía treinta kilómetros al cielo, y de su columna en forma de pino caía una lluvia de ceniza y piedra pómez. Casi podía escuchar los gritos de los desafortunados miserables siendo sepultados en las ciudades de Herculano y Pompeya; Plinio el Viejo sí pudo escucharlos llorar, gritar, pedir auxilio y morir. Los vio en las playas intentando escapar, diminutos ante el mar agitado por la lluvia de piedras ardientes. Los vapores venenosos y el gas sulfuroso les impidieron acercarse a la orilla, incapaces de ver más allá del espeso humo, débiles ante la fuerza del mar embravecido.

—Vayamos a Estabia —ordenó entonces Plinio el Viejo. La galera estaba desviándose cuando las vio, en lo alto del cielo, entre la ceniza, el fuego y el humo denso y oscuro. Volando en medio del cielo ardiente, levitando como buitres pacientes, Plinio el Viejo contempló a las brujas invocando deidades infernales. Estaban desnudas y montaban

sobre cabras grises, aferrándose a sus enormes cuernos mientras las bestias balaban furiosas. Las acompañaban reptiles y alimañas de escamas negras venidas del oriente, pequeños dragones que se aferraban con sus garras a sus tobillos, olisqueando el humo con sus horrendas lenguas bífidas. Plinio el Viejo incluso vio un par de enormes murciélagos apareándose en medio del caos, y el esqueleto de un buitre se posaba en las nalgas de una joven bruja de cabello rubio, agitando sus alas esqueléticas aún con trozos de carne seca colgando de sus articulaciones.

Las brujas gritaban y reían; eran risas burlonas, risas de placer. Se mofaban de la muerte extendiéndose debajo de ellas. Aullaban hechizos y cánticos a deidades infernales invocadas por rezos deleznable y malévolos. Chillaban y rugían, hostigadas por una bruja vieja y arrugada con la boca llena de colmillos, y las acompañaba un cadáver reanimado envuelto aún en su roída mortaja.

Se elevaron por el cielo, entre la humareda negra y el fuego, entre las piedras envueltas en lava ardiente y brillante, rodeadas de aquellas bestias y sus tablillas de defixión entre las manos. Riendo, arrojaron las tablillas malditas al lago de lava que hervía debajo de ellas, dejando que se fundieran con el fuego y repitiendo, Plinio el Viejo estuvo seguro, los conjuros escritos en el plomo.

Plinio el Viejo intentó hablar, pero la garganta le falló. Sus manos temblaban y un sudor frío le bajó por las sienes, el cuello y la espalda. El esófago se le cerró, amenazando con asfixiarlo al verla a ella. Estaba ahí una joven bruja de cabello castaño, desnuda, con un cinturón de cuero sujeto a la cintura, montada en una cabra gris. La líder del aquelarre, una bruja de cabello largo y negro, se posaba en su hombro dirigiendo los cánticos infernales y los rezos blasfemos. La bruja de cabello castaño volvió la cabeza a la bahía de Nápoles, y Plinio el Viejo supo que ella lo miraba con sus ojos negros, ensombrecidos en sus cuencas. Una luz roja brillaba en medio de ellos, ahí donde debían hallarse las pupilas: sus ojos tenían el brillo del fuego expulsado por el Vesubio, iluminando el cielo para luego caer sobre los desgraciados pompeyanos.

—Ella me mira —susurró Plinio el Viejo apuntando a la columna de humo. Un esclavo

lo tomó del brazo, diciendo algo que no entendió, incapaz de ver a la bruja de ojos de fuego que le devolvía la mirada—. Me ve —repitió, pero nadie vio nada aquella noche más que fuego, ceniza, humo y muerte a las faldas del monte Vesubio.

Plinio el Viejo era débil del esófago, pero no de la vista ni del oído, y pudo escuchar la maldición de la bruja castaña resonando en su cabeza con la claridad con la que la escucharía susurrando en su oído.

«Os encomiendo las vidas de cinco mil romanos, y uno más...», siseó la bruja mirándolo con sus ojos de fuego. «Os encomiendo su color, figura, cabeza, cabellos, sombra, cerebro, frente, cejas, boca, nariz, mentón, mejillas, labios, su habla, rostro, cuello, hígado, hombros, su corazón, pulmones, tripas, vientre, brazos, dedos, manos, ombligo, vejiga, muslos, rodillas, piernas, talones, plantas y dedos. Reventad sus venas, romped todos sus miembros y dejad caer el cielo sobre sus cabezas».

Vio a la bruja tomar la daga que colgaba de su cintura, todavía mirándolo.

«Si los veo consumirse, prometo hacer de buen grado el sacrificio por el aniversario de sus dioses familiares».

Plinio el Viejo cayó de rodillas cuando vio a la bruja de ojos de fuego degollar a la desgraciada cabra que montaba. El animal se retorció mientras el filo le abría el cuello; un chorro de sangre empapó a la bruja vieja que volaba sujeta del tobillo de una joven bruja de rizado cabello rojo.

—Y uno más —tosió Plinio el Viejo, auxiliado por sus esclavos. «Y uno más», pensó una y otra vez durante tres días enteros. Él era ese sobrante, un espectador indiscreto, un testigo que no habría de ser capaz de escribir nada de lo que había visto.

—Era de día en cualquier parte del mundo, pero allí la oscuridad era más oscura y espesa que cualquier otra noche —dijo a su sobrino, Plinio el Joven, antes de morir dormido en su cama, tres días después de la erupción del Vesubio. Su sobrino atribuiría la muerte de su tío a un esófago débil y estrecho por naturaleza, irritado y obstruido a causa de la densidad del humo venenoso, sin encontrar nunca la tablilla de defixión que yació escondida debajo de su cama.

LA CRÓNICA APÓCRIFA DE JOSÉ REVUELTAS

Ian Castelo

México

Poco antes de fallecer, un viejo librero de la calle Donceles me contó que hace años encontró en su bodega, por casualidad, un manojito de extraños escritos que al parecer pertenecían a un escritor mexicano. El viejo librero, de nombre Juan Martín Sosa, guardó el secreto de este hallazgo durante varias décadas, sobre todo porque no daba con el autor ni con la corriente o movimiento literario al que pertenecía. A decir verdad, tampoco estuvo tan interesado en el extraño legajo.

Pero hace poco Juan Martín cayó gravemente enfermo y cierta noche me marcó para dejar a mi cargo los manuscritos misteriosos que aparentemente no tenían relación con la literatura de su acervo, y me dijo que los revisara porque podrían interesarme.

Llegué a casa y saqué las hojas amarillentas de su caja desgastada. Comencé a revisarlas detenidamente, tratando de ordenar las páginas que carecían de enumeración y de signos de continuidad. Muy entrada la noche, descubrí que gran parte del manuscrito conformaba un solo relato cuya página inicial lo titulaba como “Testigos del nacimiento de una pesadilla”. El texto estaba fechado en septiembre de 1943, y firmado solamente como J.R.

Los hechos narrados me parecieron, en principio, partes de algún cuento inédito del desconocido autor. Sin embargo, durante los días que siguieron descubrí, mediante exhaustas investigaciones sobre literatura publicada en México durante 1943, que había cierta relación entre los sucesos del manuscrito y una crónica escrita ese mismo año por José Revueltas, titulada “Un sudario negro sobre el paisaje”, que cuenta su experiencia visitando el pueblo de San Juan Parangaricutiro poco después de que nació, a plena luz del día y debajo de las tierras tarascas, el volcán Paricutín.

No me atrevería a afirmar –acaso por miedo a aceptar la realidad de los hechos

narrados— que el manuscrito perdido cuenta la verdad y no la crónica que el propio Monsiváis ha incluido en su célebre antología *A ustedes les consta*. Pero el mismo texto inédito indica que “Un sudario negro sobre el paisaje” es, en realidad, resultado de la intención de José Revueltas por contar con generalidades y superficialidades lo que aconteció en Parangaricutiro.

“Testigos del nacimiento de una pesadilla” cuenta que realmente Dionisio Pulido, el campesino del que habla Revueltas en su crónica, urdió, desde el principio, la perdición de San Juan Parangaricutiro. La narración de Revueltas explica, no sin imprecisiones prosaicas o tachaduras que parecen esconder palabras develadoras, que por las noches, mientras el pueblo dormía, Dionisio celebraba fiestas bajo la deslumbrante cara de la luna, acompañado de hombres y mujeres que lo seguían en sus danzas. “Levantaban las manos en signo de alabanza, meciendo los ojos alrededor de la luna de plata que clamaba un orden, que exigía lo que era suyo”, se lee en el texto del autor cuando se habla del ritual nocturno encabezado por Dionisio.

Pero cuando emerge el sol, cuenta Revueltas, los campesinos regresan a sus chozas hechas de madera y tejamanil para seguir cosechando y ordeñando vacas. “Los tarascos han perdido la paciencia. El gobierno y los terratenientes los amenazan con despojarlos de la tierra de las llanuras. Se emborrachan reclamando la injusticia de su pobreza, y por las noches gritan que si la tierra no les pertenece a ellos, entonces no les pertenecerán a nadie”, escribe el escritor con la claridad de que carecen la mayoría de las frases.

Continúa explicando Revueltas que Dionisio asesinó a machetazos, con ayuda y premeditación de su amigo Ambrosio Suárez, a un viejo huraño que advirtió acusarlos con el gobierno del Municipio si al anochecer continuaban con sus “espantosas súplicas a la luna y las estrellas.” Al parecer, Revueltas entrevistó a Ambrosio, quien le confesó que cuando aquel viejo estaba a punto de salir rumbo al palacio municipal, lo acorralaron entre los dos y le encajaron los machetes: uno en la nuca y otro en el ombligo. Nadie reclamó el cuerpo, pues aquel “traidor” era viudo y sus hijos vivían en México.

El relato se nubla todavía más cuando Revueltas cuenta que Dionisio, temeroso de que

los agentes del gobierno descubran que desapareció su vecino, le pide a sus acompañantes de la noche que “pongan a prueba la paciencia del gran Dios que comienza a despertarse” y que renuncien a la “pureza de sus negros corazones” porque esa es la condición para que “el gran Dios les dé lo único que les pertenece: la dignidad de no ser arrebatados”. Y cierta noche los noctámbulos danzan con más jolgorio que antes, con más fuego y sangre, con más llantos y gritos que “claman la inalcanzable paz que yace sobre la luna y el sol”, esa paz “que tiene forma de ceniza y polvo, de terremotos y requiebres que parten el alma humana”. Esa noche no dejan de llorar ni de alzar las manos para absorber la luz de las estrellas, esa luz que baja hasta sus pies y se la come la tierra. “Dionisio enlazó su cuerpo con el de los demás testigos. Bailaban todos para celebrar al atávico Dios Volcán que despertaba, pero también para ¿lamentar? ¿conjurar? ¿eternizar? el nacimiento de su máxima pesadilla: la muerte”.

Si se tratase de un cuento, diría que lo anterior pertenece a su clímax. El cierre, por desgracia o por fortuna, es abrupto. Dice así: “Llegó la mañana acompañada de la muerte. Y nació el VOLCÁN PARICUTÍN.”

Ahora se me podría cuestionar por qué sugiero, en alguna medida, que la narración anterior es, en realidad, una crónica y, por el contrario, el escrito publicado y conocido pertenecería más bien al cuento de ficción. La razón está en la que considero –aunque explícitamente no lo indique así el texto– una nota final (quizás inicial) a manera de posfacio, que dice así:

“Las sombras continúan danzando en medio de la noche eterna. Bailan para el Dios Volcán con una larga sonrisa. Las cenizas del Paricutín han cercado para siempre la faz de estas llanuras de nadie. Porque la tierra ya no le pertenece a nadie. Sólo a DIOS”.

NACIMOS DEL FUEGO

Yuliana Cruz

Puerto Rico

A pesar de saber que llegaría, nada nos preparó para ese momento. Generación tras generación crecimos escuchando la profecía. Durante la niñez era algo que escuchábamos absortos, emocionados y expectantes de que algún día se cumpliría. Mas una vez íbamos creciendo y entendíamos que no era algo lejano, como en sueño, sino una realidad latente, el miedo comenzaba a acecharnos. *Un día el volcán despertará y comenzará a hervir desde sus adentros. Y cuando ya no se pueda contener, un infierno rojo lo cubrirá todo y, por su boca, lo expulsará con violencia. Afuera, donde el aire no huele a azufre, todo arderá. Y cuando, al fin, las noches largas logren enfriarlo todo y el rojo del infierno desaparezca, de entre las cenizas saldrá un pueblo nacido del fuego. Ellos poblarán la Tierra, alimentándose de los que antes vivían sobre ella.*

La mesa estaba servida y todos nos acercábamos cuando sonó la sirena que avisaba lo que ya se esperaba desde hace siete días: el volcán iba a hacer erupción. Nos quedamos helados, como si se hubiese congelado el tiempo.

–Ya es tiempo –dijo mi padre.

–Tengo miedo –respondió mi hermana y se echó a llorar.

Mas el calor, que ya comenzaba a esparcirse, era tal que sus lágrimas no lograban desbordarse de sus ojos, evaporándose apenas se asomaban. Yo la observaba, sin saber qué hacer, entendiendo que su imagen misma, llorando sin el alivio de sentir sus lágrimas derramarse, era la prueba misma de lo que nos ocurriría en apenas unos momentos. El infierno rojo se acercaba y cubriría completamente nuestros cuerpos. De pronto, sentí las manos de mi hermano, que ponían sobre mis hombros el manto de aluminio y silicio.

–Cúbrete completa –me dijo.

–Recuerden que, no importa lo que sientan o lo que escuchen, no deben quitarse el manto. Mientras lo tengan puesto estarán bien –agregó mi padre.

Todos nos cubrimos: mi padre, mis hermanos, mi madre, mi abuelo y yo. Lo supe porque fui la última en cubrirme los ojos, observando por una abertura como si tuviese miedo de que todos se fueran y me dejaran sola. Pero ya todo estaba oscuro. El manto pesaba y me costaba respirar abrigada por el mismo. Me dejé caer sobre el suelo, como me habían enseñado desde niña, y recogí mis pies para asegurarme que ninguna parte de mi cuerpo quedara al descubierto. Entonces escuché el rugido.

Era el infierno que se abría, como si una gigantesca puerta de piedra se deslizara y arrastrara todo lo que estuviese en su camino. El ruido parecía acercarse, generando con él una creciente vibración que era capaz de estremecer mi cuerpo y hacerlo saltar sobre la superficie del suelo donde yacía. Parecía que el mundo se me venía encima y el calor, que antes era intenso, continuaba en ascenso convirtiéndose en algo simplemente insoportable. Cuando pensé que mi cuerpo no iba a ser capaz de resistir más, una luz comenzó a colarse por el manto. Mas no era una luz al final de cuentas, era el manto mismo que se tornaba rojizo al comenzar a calentarse. Y así la materia comenzó la metamorfosis, el aluminio y el silicio se movían en ondas y comenzaban a amoldarse a mi cuerpo. Un dolor intenso me cubrió. Mi piel ya no era mi piel, era fuego. Mis ojos ya no veían, quedaron ciegos. Mis gritos, que momentos antes salían incontrolables de mi garganta, ahora eran sólo silencio. Y cuando parecía que el dolor lograría quebrarme, me elevé. Un río de lava me cargaba, me impulsaba hacia arriba, cada vez más rápido, cada vez más violento. Cuando, por fin, me lanzó a las alturas, sentí frío y mi conciencia me abandonó.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando desperté todo estaba calmado. Ya no había dolor y un silencio apacible me rodeaba. Traté de abrir los ojos, pero una capa de materia los cubría. Traté de mover mi entumecido cuerpo. Era como intentar despertar de un sueño demasiado largo. Al principio fue difícil, pero pronto comencé a escuchar el sonido del quiebre. La capa que me cubría se estaba rompiendo. Cuando tuve las manos libres, las utilicé para librarme y, al final, descubrir mis ojos. Y con los ojos ya capaces de ver, observé las cenizas: en mis manos, sobre mi cuerpo, en todos lados. Los pedazos de carbón que

antes cubrían mi cuerpo caían y se amontonaban a mi alrededor. Miré a mi alrededor y vi cómo muchos otros salían de sus crisálidas de carbón. Entonces respiré profundo. Era un aire dulce, muy diferente al que siempre había respirado.

Me levanté y comencé a caminar entre los restos, observando el mundo exterior del que siempre me habían hablado desde que era una niña. Era momento de, entre los restos, encontrar a mi familia para juntos explorar este mundo nuevo.

La profecía se cumplió. En aquel día, nacimos del fuego.

JAMÁS CUMAL

Ana Gabriela Morales Ríos

México

Somos volcanes. Cuando nosotras las mujeres ofrecemos nuestra experiencia como nuestra verdad, como la verdad humana, cambian todos los mapas. Aparecen nuevas montañas.

Ursula K. Le Guin

Estertor nocturno que fractura la superficie liberando ese cuerpo multiforme. Hoguera vibrante que avanza inexorable con su huella calcinante.

* * *

En el principio de los tiempos, cuando a Ceridwen le llamaron Cumal (mujer intercambiable, mujer esclava), entendió que para los habitantes de Islandia (ajena bahía humeante) su vida no tenía valor, sólo precio. En territorio desconocido la deshumanizaron convirtiéndola en una entidad abstracta, conmensurable; la mancillaron y pretendían arrancarla de raíz. Lejos de someterse escapó en la penumbra y, antes de lanzarse a las profundidades del acantilado, cerró los ojos y con toda la furia acumulada en el pecho, pidió a la Diosa oscura de la que había adquirido su nombre que le otorgara el poder de

transmutar en materia-venganza, materia-redención. Suplicó a la hechicera celta y ésta le ofreció en respuesta el oscuro abismo colmado de luciérnagas, estrellas aladas que la guiaron en su descenso al inframundo. Su sepulcro fue la tierra misma que al paso de los años creció y se extendió hasta formar una gran montaña: volcán de prominente cumbre.

* * *

Esta noche de luna menguante, tras largos siglos esperando en silencio, emerge Ceridwen renacida, gigante envuelta en lava luminosa que sincroniza el exterminio del pasado con la regeneración de la tierra bajo su caricia de fuego. Expiación sin retorno.

INMOLARME

Leilani Z Vargas

México

Once cuarenta de la noche, el volcán continuaba su actividad que jamás descansa, parece una tina de lava a punto de desbordarse pero jamás lo hace.

Allá abajo las mujeres jóvenes y ancianas se encontraban danzando entre flores, pasto, canastas llenas de vino y una enorme fogata.

La danza de la MAGMA MADRE frenética, inigualable, donde cuerpos crearon formas extravagantes en sus movimientos, en sus sombras, donde unas se unieron a otras y pieles brillaban por sudor o sangre.

—¡Abrázanos, Magma Madre! —pidió la hermana suprema alzando los brazos al cielo mientras su cuerpo bailaba con sus hermanas.

—¡Abrázanos, madre! —respondieron las hermanas con sus voces armoniosas en su estruendosa petición.

—¡Abrázanos, Magma Madre, que por ti fuimos creadas! ¡Para ti danzamos, para ti amamos, para ti crecimos, para ti nacimos, a ti volvemos dichosas en llantos y gritos!

—¡Abrázanos, Magma Madre! —aclamaron las hermanas en su danza.

—¡Acéptanos, Magma Madre, porque tuyas somos y a ti volvemos, en ti nos amamos, en ti envejecemos!

Las hermanas respondieron como un coro de lamentos dichosos y siniestros, los árboles que las rodeaban en un gran círculo de hadas crujieron por el repentino viento que los empujaba de un lado a otro en su vaivén repentino, las hojas comenzaron a caer una tras otra como si al igual que las mujeres se estuvieran despidiendo de sus prendas para unirse al frenético baile.

Magma Madre estaba rebosante, magnífica, como siempre; siempre al borde de la locura, siempre amenazante, siempre tan cerca y tan lejos, tan lejos.

—¡Madre! Tuyas somos y tuyas seremos, a ti nos dirigimos, Madre. Acepta nuestros cuerpos, aliméntate de nuestros huesos, libera nuestras almas.

La hermana suprema se separó de las demás, su cabello corto rozaba sus mejillas intrépido como el baile del viento, sus ojos tenaces casi brillaban en la oscuridad con el titilar de la fogata. Con sus largos dedos tocó su rostro antes terso pero aún muy hermoso, acarició su cuello recordando la gracia que tuvo hace años atrás, tocó sus senos con cariño, con lástima también recordando mejores formas en el pasado sintiendo que su hora de partida había sido firmada junto con la despedida de su juventud. Se giró y observó la danza, cuerpos entretejidos amándose de diversas formas entre sudor, lágrimas, sangre, amor y desprecio. Sus hermanas hermosas todas ellas algunas en su etapa de plenitud y algunas en su decrepitud. Piel tersas, pieles arrugadas. Cuerpos simétricos en su perfección, otros desproporcionados, otros faltantes de algo; bellezas rotas, almas rotas, almas viejas y cansadas, todas sus hermanas.

—Magma, Magma —pidió para sus adentros—, ámanos como en este momento nos amamos nosotras.

Silenciosa comenzó su camino en ascenso hacia Magma Madre.

Una vieja hermana de aspecto deplorable se dio cuenta de su partida. Sin decir nada, se levantó trabajosamente y siguió el camino de la hermana suprema.

Una hermana que había nacido en un cuerpo equivocado vio el movimiento de la

sombra de la vieja hermana. Supo que era ahora. Sin decir nada, se separó de la danza y continuó el camino.

Y así una a una primero y todas juntas en un momento prosiguieron con el camino en ascenso.

El amanecer sorprendió a algunas hermanas tomadas de la mano en la boca del volcán; sus pieles lastimadas por arañazos de ramas y por los componentes extraños de los gases volcánicos, sus pies destrozados por el terrible camino ya marcado en su sangre y los cuerpos de las hermanas que perecieron en el camino.

Magma Madre era voraz y maravillosa, como una enorme tina a punto de desbordar, como un enorme mar rojo que destruye lo que toca y lo convierte en nada.

—Estamos aquí, Madre nuestra inclemente, para ser tuyas porque no supimos ser nuestras —rezó la hermana entre lágrimas.

—Estamos aquí, Madre nuestra inclemente —respondieron a su vez las hermanas.

—Estamos aquí, Magma Madre, para inmolarnos y convertirnos en una sola para nunca volver a sentirnos olvidadas.

—Para ser siempre una, para ser siempre tuya, para ser siempre de ti, para ser siempre tú.

—Para tener siempre tu fuerza y jamás volver a sucumbir ante el dolor. Somos tu ofrenda, nos inmolamos como una en ti.

—Amén —respondieron las hermanas al unísono, dejándose caer tomadas de las manos a ese mar de lava hirviente.

Magma Madre no las abrazó en su eterno amor, sino que los cuerpos quedaron en la superficie de la lava; las manos se fundieron en un terrible dolor agónico, mientras los cuerpos, como estrellas del horizonte, titilaban prendidos en el fuego de la Madre. Las hermanas partieron, unas más pronto que otras, todas sabiendo que su alma había sido liberada y su cuerpo pronto sería parte de su amada Magma Madre.

voyager

and home, viaje redondo. — *v. i.* viajar por mar, navegar. — *v. t.* navegar, transitar por. **voyager**, *s.* navegador; viajero, pasajero, viajante.

vulcan ['valkan], *s.* vulcano.

vulcanist, *s.* vulcanista, *m. f.*

vulcanite ['valkanait], *s.* vucanización

vulcanization, *s.* vulcanización

vulcanize ['valkanaiz], *v. t.* vulg

vulgar ['valgar], *a.* ordinari

cursi, de mal tono; grosero; — *s.* vulgo, plebe, *f.*, populac

vulgarism, *s.* vulgaridad, vul

barismo.

vulgarity ['val'gariti], vulgari

nis], *s.* cursilería, grosería, car

vulgarization, *s.* vulgarización

vulgarize, **vulgarise**, *v. t.* vulg

vulgarly, *adv.* de mal tono, vul

gularmente, comúnmente.

Vulgate ['valgeit], *s.* (*ig. l.*) Vulg

vulnerability ['valnara'biliti], vul

nerable, calidad de vulnerable.

vulnerable ['valnarabal], *a.* vul

vulnerary ['valnareri], *a.* vul

nerario, medicamento vulnerario.

vulpine ['valpain], *a.* vulp

ino, (*fig.*) vulpino, ladino

vulture ['valtʃar], *s.* buitre.

vulturine, **vulturish**, **vulturo**

de buitre, rapaz.

vulva ['valva], *s.* vulva.

vulvar, **vulval**, *a.* vulvario.

vying ['vaiiŋ], *a.* rivalizando [v

wag [wæg], *v. t.* sacudir, mover ligeramente, menear ligeramente; *to wag the tail*, menear la cola, collear, rabear. — *v. i.* oscilar, balancearse, agitarse; (*vulg.*) moverse, deslizarse.

waiting, *a.* que aguarda; que sirve espera; servicio; *waiting-maid*, o *wait* *woman*, camarera, doncella; *gentleman waiting*, gentilhomme de servicio; *l*

servicio.

sala de espera, an

], *s. f.* camarera;

músicos que dan m

chebuena.

v. t. abandonar, ren

(*pret.* y *p. p.* **woke**, **v**

acitar, excitar; *vela*

up, despertar, llamar

velar, estar de v

s. vela, velación,

(*mar.*) estela, aguaje

sta de la dedicación

guamente se celebra

o toda la noche.

nte, que vela, desvela

atento, vigilante;

o dormir; estar atento

vigilantemente, des

igilia, desvelo, velo; *l*

v. t. despertar, llamar

cordar(se).

s. persona que (s

t.) aro, yaro.

ada, pervigilio; el des

que despierta; de v

cha, señal (del látig

cinta; relieve (de t

onchas, azotar.

andar, ir a pie, cam

ar; pascarse), dar un

arse, obrar; aparecer (

etc.); (*jam.*) ser desp

self, pasarse solo;

to walk after, seguir,

off, marcharse, irse;

W

W, *w* ['dabəljʊ:], vigésima terce

betó inglés. Su sonido es r

la *w* española; es muda cuan

r como en *wrap*, y delante

de *o* como en *who*, *whole*; ta

en algunas voces como

MADRE.MUERTE.CENIZA

Luis González

México

«Inés, escúchame», dijo la voz en su cabeza. Hace meses que no soñaba con nada. Ni con sus padres, en paz descansen, ni con su marido que la había abandonado, ni con su pequeño bebé, muerto a las pocas horas del parto.

Había sido un nacimiento sucio: tendida en el suelo de su casita de adobe y tejas, parió ella sola al niño, pero éste exhaló su casi primer y último aliento con un pequeño gemido ajeno del llanto de la vida que sale al mundo por primera vez. Ella gritó de rabia y lloró, pero no le duró mucho el dolor. Fue esa misma noche que dejó de soñar.

La voz le había dicho que guardara el cuerpo de su bebé, e Inés vació una pequeña caja de madera donde guardaba sus hilos para bordar y puso dentro el cuerpo. Lo escondió bajo la cama. Si alguien la visitaba nadie preguntaría. Ya habría tiempo de acomodar sus hilos en alguna otra parte. Además, se le acabaron las ganas de bordar. Antes podía terminar una servilleta con flores de todos los colores en una sentada, acariciando de repente su panza y sintiendo a su bebé dentro, flotando tranquilo. Ahora no quedaban más que tripas y un vacío de aire frío.

Entre aquellos sueños oscuros, Inés escuchaba que le pedían cosas. Ramas de laurel, flores de pericón, pedacitos de obsidiana. Tendría que esperar hasta que su matriz estuviera lista y recoger la sangre que escurría del primer periodo después del embarazo. ¿Cómo iba a conseguir el último de los ingredientes? La voz lo tenía bien claro, pero no le diría cómo hacerlo: «el beso sin amor de tu esposo, búscalos y dile».

Inés sabía algo: Eulalio estaba en el pueblo, pero no quería verla de nuevo, ni a ella ni al niño. Quizá ni siquiera sabía de la muerte de su hijo. Si quería estar con alguna de sus mujeres, que lo aprovechara. No entendía nada, y aún así le tenía toda la confianza a esa voz en su cabeza. Se encontraba sola y no existía manera de aliviar su dolor.

—¿Cómo te llamas? —murmuró Inés una noche entre sueños. La voz le contestó

con otra pregunta:

«¿Cómo le ibas a poner a tu bebé?»

Inés quería llorar, pero su coraje encerrado de días sin explotar por ese dolor no la dejó.

—Manuelito, como su abuelo, mi padre.

La voz no dijo nada durante unos minutos. Luego reveló que se llamaba Chavela, y que le daría de nuevo la felicidad.

Fueron dos meses después de la muerte del bebé que Inés se encontró por fin con Eulalio. Él la miró enojado: le habían llegado los chismes del niño y se soltó a gritar sus frustraciones contra Inés, como si la mujer tuviera la culpa. Ella recordó la velada anterior: la voz le había dicho que tendría que ser fuerte y tener confianza en su corazón. Inés se envalentonó y le pidió a Eulalio que la viera la noche siguiente detrás de la iglesia del pueblo.

—¡Eso no me va a regresar a mi hijo, puta arrastrada, miserable! —exclamó Eulalio, con el rostro rojo de coraje.

Ella le miró antes de darse la vuelta de regreso a su casa:

—Confía en mí, y tendrás al niño de regreso.

Eulalio dejó de gritar y un frío le recorrió el espinazo, mientras ella balanceaba la bolsa del mandado en su mano.

Cuando Inés llegó a casa, sacó de la bolsa los ingredientes que la voz le había pedido conseguir y miró el frasco con sangre que descansaba en la mesa. Esa noche, la voz sólo le murmuró palabras sueltas. Inés las recordaría muy bien.

Todo estaba listo para la noche siguiente. Se llevó todo bien acomodado entre su rebozo. Nada faltaba. Mientras caminaba por las calles del pueblo, murmuraba las palabras sueltas que había escuchado la otra noche. Se detuvo detrás de la iglesia, donde había un pozo abandonado, seco desde hace décadas. «Flores, espejo, sangre, pozo, bebé», repetía Inés sin parar. Soltó el laurel y el pericón al pozo, junto con los fragmentos de obsidiana que se había encontrado un día paseando por el cerro, y con cuidado vertió la sangre de su menstruación también. Luego, con un último beso de amor, arrojó el cuerpo

de su bebé —ya gris y descompuesto— por la grieta.

Eulalio llegó en ese momento y casi se cae al pozo intentando rescatar al niño.

—¡Eres una pendeja, sácalo de ahí! —exclamaba el hombre, e Inés solamente tenía cabeza para las últimas palabras que la voz le había susurrado en sueños.

«Machete».

Vio el arma colgando de la cintura de Eulalio y lo sacó a la fuerza. Él ni siquiera alcanzó a defenderse. El golpe violento de la hoja contra su cuello salpicó sangre por todas partes, y el rebozo de Inés se manchó de rojo.

«Beso».

Por fin podría darle el último beso a su esposo, un frío beso en los labios casi muertos. El cuerpo de Eulalio con todo y machete cayó en el pozo también. Todo estaba listo.

«Fuego»

Días después, desde la ventana de su casita, Inés podía ver el milagro: su bebé había nacido de nuevo, pero ahora desde el suelo. La voz le había dado el mejor regalo que una madre podía pedir, y sabía que la tierra también podía parir, dar a luz como ella. Detrás de la iglesia del pueblo, que ahora eran dos torres chuecas y derruidas, había nacido un pequeño volcán que escupía fuego y cubría la tierra alrededor con lava oscura. La gente que no había muerto quemada o asfixiada trataba de salir del pueblo en carretas o a pie, pero no todos lo lograrían. Inés recordó la piel grisácea de su bebé antes de arrojarlo al agujero del pozo y, cuando vio las cenizas del volcán Tezcatlipoca cubrir al pueblo, se sintió la madre más feliz del mundo.

LA QUE ARDE

Ana Jácome

México

Los árboles se sacuden a su paso, las ramas se quejan como si un huracán o un tornado las agitara, pero es ella, es el miedo que provoca. Bajo la piel ajada de sus pies tiemblan piedras, aves y salamandras. Con un palo se abre camino, golpea a uno y otro lado, por la selva y los matorrales, por montañas y ríos.

—Ahí va la que arde —gritan los pericos.

—Ahí va la que busca al hijo perdido —sisean las culebras.

—Va pasando la que se prende en llamas —cuchichean los conejos.

—¡La cubierta de escamas! —responde el eco de los cerros.

Una vieja para los que cruzan su camino. Un espectro para la noche oscura. Una leyenda para los demás, pero para aquellos que guardan la memoria de los siglos ella es un presagio. Cuando viene, las raíces treman. Puede ser melosa su voz, pero es un engaño, máscara del odio desencadenado por los que apagaron la sangre de su sangre. El amor de una madre herida es el alarido de la tierra y brota de lo más profundo, en ríos que calcinan.

Ella, la vieja en llamas, sin edad, pero tan anciana como el paisaje mismo. Que a ratos camina recargada en un palo y lo apunta en dirección al pueblo. Luego es joven de larga cabellera y piernas morenas por las que suben zarzas y coralillos. Paso a paso se acerca a la tierra que hospeda el cuerpo de su único hijo.

—¡La he visto en la plaza! —grita el borracho del pueblo— A la vieja que es el nombre de la desgracia. Así como que estoy sobrio, ¡juro que la vi, enfurecida y agitando un palo!

Los ancianos la reconocen. Cuentan su historia, la mujer que es bella de día y por las noches se cubre de escamas. La que aparece en el pueblo cuando tiembla, la que es patrona de la montaña desde que se encendió el fuego en el corazón de la Tierra. Ella, la que arde y carga un pesar que germina en lava.

—Ya viene a buscar al hijo —dice el más anciano—, hará temblar cuando lo encuentre y llorará por días y noches para evocarlo del sueño eterno. ¡Y ánimas que no lo logre porque con él despierta el volcán! Que nos protejan los santos y que nos perdone ella por no haber servido justicia al asesinato de su retoño amado.

VULCANO EXTINTO

Lorenza Ortega

México

Aquí estamos, encerrados en un planeta que fue desconocido, cuerpos sobrevivientes, sombras definidas, sin lo de antes: sin los mares profundos, sin ballenas, sin cielos contaminados. En una atmósfera transparente e irrespirable.

Caminamos por rocas frías de color rojizo, como la teja de los techos de la tierra, como la grava de una cancha de tenis, y no hay manera de echar una carrera, de nadar en un lago.

Gigantes poderosos nos rodean: volcanes antiguos que alguna vez con su rugido lanzaron al universo sus voces hinchadas de arcilla roja, que anunciaba el nacimiento de un planeta.

El monte Everest no sería nada al lado de estos titanes extintos, en cuyo cráter el agua necesaria para nuestra nueva raza por la mañana se desliza, descongelada, por venas rojas e hinchadas; laberintos erosionados de masas informes que dominan.

Mayo es el mes de los cumpleaños, los regalos, los abrazos. Eso es lo que pasaba en la Tierra, no en Marte. En Marte todo es rojo, hasta los domingos. No hay texturas diferentes, todo se siente igual cada minuto. Ni torta de chocolate, ni fiesta, ni luz y sombra. No hay contornos difusos, todo es cierto y contundente, nada que nos haga dudar de su existencia.

Mirar el horizonte es difícil, moles de roca y tormentas de polvo lo impiden. Cordillera volcánica, muro entre mesetas marcianas: la visión incierta de un futuro pretendido.

Solos nos ahogamos en nuestros recuerdos de otra vida, con el ahogo de nuestra vida en Marte.

CENIZAS

A. J. Roque

México

El pueblo ya no era el mismo. Todo tenía una apariencia lúgubre, un aura plomiza. Una sombría bruma lo engullía todo: las milpas, los cerros, la presa, el poblado completo. Un olor sulfuroso saturaba cada rincón. La gente no dejaba sus tierras, quizá por arraigo, tal vez tenían algo por lo que luchar o, simplemente, porque no había más opción.

Un año atrás se había encontrado el primer cuerpo calcinado. Estaba boca abajo, con las piernas flexionadas hacia atrás, como si hubiera estado rezando cuando le llegó el final. La tarea para reconocerlo fue ardua. Se supo, días después, que había sido el borracho de don Fulgencio, célebre en el pueblo por las despiadadas palizas que le propinaba a su esposa, la señora Mago. La pobre llegaba a la misa dominical ya sea sin un diente o con algún moretón nuevo. Su cara se volvía, sencillamente, un lienzo de pintura abstracta de tendencias expresionistas hecho por la mano de don Fulgencio.

Uno a uno, fueron apareciendo cadáveres carbonizados. Esta mañana del 22 de marzo la undécima víctima había aparecido. Como todos los demás, era un bulto de ceniza rodeado de tres peculiares trozos de piedra de tezontle. Tenían el tamaño de un tejolote, la piedra que viene con los molcajetes. Sutiles figurillas de mujeres regordetas que portaban un quexquémítl estaban talladas en la superficie, la cual parecía desgastada por el uso. Ante los ojos de un cabildo o alcalde, la situación se hubiera investigado. Lo cierto es que en este pueblo la justicia y la ley sólo eran ecos de una leyenda. Si ni el propio Dios ponía un pie en el pueblo para calificar los actos de los habitantes, mucho menos un regidor.

En esta ocasión los restos eran los del tendero, el señor Mario, que días atrás le había arrancado de un tirón un mechón de pelo a su señora, doña Mercedes, sólo porque las tortillas estaban frías cuando llegó de alimentar a los puercos. Fue fácil identificarlo, ya que su cuerpo no estaba completamente hecho cenizas como los anteriores, sino que

había quedado una pierna chamuscada con la cicatriz de una cornada en la pantorrilla. Sin lugar a dudas, ese trozo de carneapestoso y colmado de moscas le pertenecía al que, en sus mejores años, fue el torero del pueblo.

Esa misma tarde las mujeres del poblado fueron a darle la noticia a doña Mercedes, cual coro de plañideras que dejaban una estela de lamentaciones y gimoteos tras de sí. Era una ola negra que invadía las calles. Al tener conocimiento de lo acaecido, la viuda apenas mostró congoja, suspiró y se preocupó más por los preparativos del funeral que por dar inicio al duelo, a su luto.

Esa tarde se derramaron los trinos funestos de las campanadas por toda la villa. Las mujeres se aglomeraron en la parroquia. Los hombres no asistieron porque estaban cansados de la jornada laboral en el campo y porque, decían, eso de preparar el café, tener listos los panes, cocinar y hacer el rosario era «de viejas».

La puerta de la parroquia se cerró. Apenas se escuchaban las leves plegarias casi como murmullos, secretos que se dirigían al Xochitlalpan, «el paraíso de flores», al cielo o, quizás, al averno. Los ecos de las paredes cantaban a coro:

«Enjugará toda lágrima de nuestros ojos y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor...»

Al terminar la ceremonia un sismo azotó al poblado. Los hombres salieron con preocupación de sus casas, mientras que la llama de la incertidumbre carcomía el corazón de las mujeres. Luego de unos instantes, todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Después de los rituales, las mujeres regresaron a sus viviendas. Al otro día, durante los primeros rayos del sol que apenas se filtraban entre la espesa capa de ceniza, se acercaron a sus maridos con el fin de pedirles permiso para salir por la comida que había sobrado del día anterior en el funeral del señor Mario. Aún con sueño y el susto de la noche previa, ninguno de los varones prestó atención. «Esos eran asuntos de mujeres».

Las habitantes del pueblo salieron a toda prisa, llevaban a sus hijos en brazos o en el rebozo. Algunas hasta tomaron unas cuantas gallinas; otras, sólo a sus perros o gatos. Unas, consternadas; otras, llenas de rencor. Pero todas iniciaron el éxodo hacia la tierra

prometida. Cuando ya se encontraban relativamente lejos, Doña Herminia, la curandera del pueblito, volteó, levantó los brazos al cielo y rezó:

«Madre Chantico, tú, la que mantienes el fuego del hogar, la que revive de las cenizas del fogón, la que mora en nuestras casas y en los volcanes... A ti, madre guerrera, se te entregó la onceava víctima, el trato está hecho».

Un fuerte estruendo se escabulló al interior de la villa. Un gigantesco montículo surgió. Desde su centro, de entre los chisporroteos del magma, Chantico se levantó por los aires. La diosa, de cara negra como la ceniza y rojiza como la lava, había escuchado las plegarias. Pétalos negros danzaban en torno a su divina figura saturando todo el cielo. Elevó los brazos hacia el firmamento y, de un golpe, sepultó con lava todo cuanto había en el pueblo, incluyendo a sus varones.

ERUPCIÓN MELANCÓLICA

Aline Basail

México

Su cuerpo se tensó entre tus brazos. No dejaba de gritar, los alaridos te penetraron como agujas que se acumularon en tu pecho. Lo abrazaste con fuerza, mientras le suplicabas que dejara de sufrir. El rugido agudo y aullante se detuvo. Estaba quieto y mudo. Un hedor se escapó de sus labios, te impregnó con su abrazo pestilente, era una mezcla de sangre, fluidos y heces.

A pesar de su abandono, tenías que volver al trabajo. Eras una autómatas, hundida en una vida incolora. Acosada por el olor a muerte, esa peste inextinguible adherida a tu existencia. Perseguida por una premonición de peligro constante, acechada por catástrofes que nunca sucedían, el cansancio perpetuo y la culpa.

Cuando el pecho se tornaba pesado, veías su foto en el celular. Esa última imagen en color sepia, con sus ojos y boca abiertos y el cuerpo rígido. No entendías por qué la tomaste: porque te sentías culpable, porque no lo ayudaste o, tal vez, porque querías

castigarte.

Una noche apareció el primero, en tu nuca, detrás de la oreja izquierda; era un bulto, como una pelota chica. Dolorosa al tacto, en especial si la apretabas. Te asustó su existencia, sin embargo la dejaste detrás de tu cabeza y la olvidaste.

Pasabas los días sumergida en una realidad borrosa, no sabías la fecha, con quién hablabas, si habías comido o si la puerta del departamento estaba cerrada. Tu mente se encontraba hundida en una bruma de confusión. La angustia se engendró en el pecho y se ramificó en tu cuello, hombros y brazos; los tenías tensos y endurecidos.

En ese instante surgió otro bulto, detrás de la oreja derecha. A ese brote le siguieron otros. Cada día aparecía uno nuevo, se multiplicaron hasta cubrir la cabeza. Sólo tu rostro no tenía forúnculos. Se extendieron por la espalda, piernas y pantorrillas. Eran una cordillera de volcanes minúsculos que te atravesaban por completo. El dolor era insoportable al tocarlos o recargarte sobre ellos.

Te prescribieron toda clase de medicamentos. Ninguno ayudó. Los médicos no sabían qué los provocaba.

El primer bulto en hacer erupción fue el de la rodilla derecha. Algo borboteaba debajo de la hinchazón. Ardía como si tuviera magma en su interior. En la punta se formó una fisura, expulsó una nube grisácea, un vapor que se expandió por todo el techo del cuarto. De la grieta brotó un líquido rojo y viscoso, tenía fragmentos de piel y grasa gelatinosa. Una hediondez invadió la habitación, era un olor a huevo podrido que te provocó una arcada. El fluido hervía mientras se deslizaba por la pierna. El dolor era intenso. Después de la erupción sólo quedó un cráter repleto de lava, el cual arrojaba cenizas que cubrieron todos los muebles y el piso.

La situación empeoró. Tus piernas y brazos palpitaban sin parar. Sentías mareos acompañados de dolores de cabeza y náuseas. Las protuberancias aumentaron su tamaño. Provocaron temblores hasta deformar tu cuerpo, el cual se estremecía de dolor y miedo. No podías caminar. Eras una masa de carne desfigurada repleta de volcanes activos, que esperaban explotar.

Eso es lo único que querías: explotar, explotar, explotar.

En el celular observaste su fotografía, una última vez.

Sol del Sureste

Nota policiaca

Esta mañana, una mujer de aproximadamente 30 a 35 años fue encontrada en su departamento en la Colonia Alemán.

Su cuerpo fue descubierto por sus familiares, quienes llegaron al lugar a buscarla, ya que tenían más de tres semanas sin saber de ella.

Los servicios de seguridad y emergencias confirmaron que el lugar estaba cubierto de cenizas. El lugar emitía un olor a amoníaco. En medio de la habitación se encontró el cuerpo, al menos lo que quedó de él: un endriago amorfo, sin facciones humanas. Rodeado por cientos de insectos que lo cubrían casi por completo.

Su familia reconoció el cuerpo de la mujer por su celular, el cual tenía la foto de su gato, y también por algunos objetos personales.

LA VOLCANA

Georgina Mexía-Amador

México

Julia despertó a las dos de la madrugada. ¿Fue la alarma del celular o el viento trajo un canto lejano que se disipó al abrir los ojos? La casa de campaña estaba húmeda de rocío. Julia no se creía capaz de subir la montaña; por alguna razón le temía a esa noche, pero se había dejado convencer por Damián. “Hay que pararse ya”, musitó él. Soñolienta, movió los dedos de sus pies bajo el *sleeping*. “Estoy helada”, pensó Julia. Aún resonaba en su mente esa melodía onírica, pero quizá no fuera más que el viento deslizándose entre los

ocotes. Damián se calzaba las botas. El plan era ascender la montaña durante cuatro horas para ver el amanecer desde la cumbre. Para él, el mal de altura no consistía en mareos y pérdida de oxígeno, sino en el hambre por volver a la cima una y otra vez.

Dejaron en pie la tienda de campaña y empacaron lo necesario. Entonces, Julia alcanzó a ver que, adentro de su mochila, Damián llevaba un vestido de algodón bordado con flores rojas, un espejo y un peine de carey en una cajita transparente. ¿No le había dicho él que no creía en supersticiones? No quiso confrontarlo. Estaban solos a más de tres mil metros de altura y la única señal de vida, aunque lejana, eran los coyotes con sus aullidos.

Comenzaron el ascenso, cada uno con sus bastones de apoyo. Las lámparas de sus cascos eran la única luz intrusa entre la oscuridad del bosque silencioso. Contrario a su costumbre, Damián iba callado. Quizá se sabía descubierto por Julia y tampoco quería enfrentarla. En otras circunstancias iría narrando sus aventuras de rescatista alpino, de cuando encontraba cadáveres de gente demasiado audaz. Pero esta vez no estaba para historias macabras. Entre los aullidos de los coyotes y los susurros del viento, ambos sentían tensión. Este ascenso no era como los anteriores, pues había algo oscuro ya entre ellos, podrido. Julia sentía como si se interpusiera entre Damián y su amada volcana, y se preguntó por qué se había dejado arrastrar de nuevo. Jamás podría ser ágil y fuerte como él. Sabía que en cualquier momento escaparían los reclamos de su boca, pero temía que él la abandonara en medio de la montaña.

En algunas partes la lluvia había barrido la arena por completo, formando zanjas, pequeñas barrancas, precipicios. Damián le llamaba “la montaña”, pero era en realidad una volcana. Para la imaginación de los pueblos de sus faldas, Matlalcuéitl era la diosa de las aguas terrestres. La coronada de nubes, la de las faldas verdes. Era una mujer celosa, decían, que se llevaba a los hombres que le gustaban. Damián la adoraba. No pasaba un fin de semana sin que trepara hasta su cumbre o recorriera sus senderos ocultos.

Los árboles disminuían en altura conforme subían, pero no por ello callaban: en ocasiones, a Julia le parecía que Damián hablaba, pero sólo eran engaños del bosque. Lo

miraba taciturno, lejano. A veces volteaba en derredor, como si oteara una presencia entre la oscuridad. Ella no olvidaba el vestido, el espejo y el peine. ¿A dónde se dirigían en realidad, si Damián no creía en esas cosas? Su único rasgo de superstición era el amuleto de ámbar que lo protegía contra la muerte.

El ascenso fue doloroso, infinito. Luego de casi cuatro horas alcanzaron los 3,900 metros, ahí donde comenzaba el arenal. Ante ellos se desplegó un áspero mar de roca. El aire helado golpeó sus rostros. Damián avanzó lentamente por la arista del volcán, seguido de Julia, y así ascendieron hasta que, de pronto, él se detuvo. Había descubierto algo abajo, en la ladera. El viento arreciaba y lo que al inicio parecieron voces, se convirtieron en un único canto. Julia se sobresaltó. Entonces no lo había soñado ni imaginado. ¿En verdad el viento cantaba con voz de mujer?

No había salido de su asombro cuando vio que Damián soltaba los bastones y descendía aprisa, fustigado por un súbito arrebató. Julia lo siguió con la mirada y, con la lámpara que llevaba en el casco, iluminó un abrigo rocoso en la ladera del volcán. Así es que ésa era la cueva donde estaba el altar. Damián se alejaba del camino, atrapado por la belleza de algo insondable. Julia se paralizó, las piernas le temblaron. No se atrevía a seguirlo. Le gritó repetidas veces, pero el viento se aseguró de desviar su voz.

Tal como temía, la abandonó. Era el peor lugar para perder la calma, pero sintió rabia: Damián había sucumbido a la absurda creencia de llevar regalos a la volcana. El oxígeno comenzó a escasear. Julia evocó las historias de los muertos que encontraba Damián, asfixiados en las montañas por su impericia. Respiró y continuó el ascenso. En cuanto recobrara el rumbo, él la alcanzaría. Pero llegó a los 4,300 metros y Damián no apareció.

Las rocas desperdigadas se tornaron más ásperas, no había dónde apoyar los pies y los bastones, y pronto se elevó un muro a su alrededor. Julia se estremeció. Sentía una piedra en la garganta. Casi en la cima, el viento helado la envolvió con risas burlonas, entre las que de pronto resurgió aquel canto. El sol comenzaba a asomar al oriente, como una caricia. Pero su angustia no cedió ante la belleza del amanecer, pues del resplandor

emergió una aparición inaudita.

Una joven descalza comenzó a bajar ligera entre las rocas, nacida de la bruma del cráter. Irradiaba una luz turquesa y sus pasos sonaban como el correr del agua fresca. Traía el vestido que Damián cargaba en su mochila. Al ver a Julia, la desafió desde sus ojos pétreos y rompió con sus dientes el amuleto de ámbar. Se rio. Admiró su rostro en el espejo y alisó su cabello de jade con el peine de carey. Los coyotes aullaron desde la cima. Y la asfixia apretó a Julia contra las rocas, mientras el viento cantaba dulcemente: “Él ahora es mío, mío, y entre mis brazos al fin yacerá”.

PERO EL VOLCÁN DUERME

Karla Arroyo

México

Xochicatépetl tuvo que apaciguar sus demonios
cuando un sello celestial descendió hasta sus entrañas,
aprisionando su clamor en medio de una furiosa
tormenta.

[...entonces el volcán dormirá hasta el fin de los
tiempos]

Leyenda Xandú (fragmento)

—¿Nunca te preguntaste si la montaña va a despertar alguna vez? —preguntó Yara deteniendo en seco a Esteban, con la imperiosa necesidad de hablar, pues los silencios eran incómodos. Sabían perfectamente por qué se apartaron del grupo.

—Las leyendas existen por una razón. Quizá no nos toque verlo, ni siquiera a nuestros nietos.

La atracción entre ellos era irresistible.

—¿Y si el sello se rompiera?

—No sabemos qué es.

—¿Crees que fue “tapada” para que no muriera la gente que se asentó aquí hace siglos?

—Me parece que somos indignos de tanta conmiseración.

Yara estiró su brazo para desatar el nudo del chongo improvisado de Esteban; su cabello era casi de su mismo largo.

—¿Cuál es el propósito de sosegar al volcán?

—Hasta donde se sabe, no está activo... ¿Crees en los extraterrestres?

Esteban rodeó su cuerpo. Yara sintió en ese fuerte abrazo una carga de adrenalina que le subió hasta la cabeza enrojeciendo sus mejillas.

—¿Extraterrestres? ¿Entonces piensas que el sello no fue divino?

—Vino del cielo, sin duda. ¿Y si el tapón fuera un meteorito?

—Imagina las escasas probabilidades de que cayera justo dentro del cráter.

Ella se lanzó con un primer beso, el que había postergado semanas antes, tras un intento fallido en la facultad. Después ambos se miraron, pausando el momento.

—Si fuera una nave espacial, ¿para qué sacrificarse en la erupción?

—¿Y si no fuera para contenerla? ¿Y si es una fuente de energía? Piénsalo: en una tormenta sucia, propia de las erupciones volcánicas, la lava se fragmenta en piedra y ceniza, produciendo electricidad. ¿Qué tal que la nave se está recargando?

—Pero el volcán duerme.

Él masajeó su espalda, ansioso, y le devolvió el beso con furia.

—No se sabe hasta que profundidad, ¿o sí?

—Nunca han hallado rastros de materia extraterrestre alrededor, como en la de los meteoroides.

—Aun con la tecnología actual es imposible llegar hasta el cráter. Un campo magnético evita que cualquier aparato sondee la zona. En cuanto a los humanos no se diga, nadie ha regresado con vida de los intentos de expedición.

Yara se miraba en sus ojos; al estar tan cerca y bajo la luz natural notó unos pequeños

lunares dentro.

—Recuerdo un pasaje de la leyenda acerca de la gran tormenta sobre el volcán. Se decía que Dios mismo combatió, por medio de cientos de relámpagos, la furia de la tierra ardiente que temblaba y rugía en sus entrañas.

—Pero esa versión nos llegó con la colonización. Recuerda que está la de las deidades que querían apaciguar a Tepeyóllotl.

Se tumbaron al pastizal y tras una sesión de reconocimiento de sus cuerpos con la boca, hicieron el amor.

—¿En qué nos quedamos? Ah sí, las deidades.

Esteban trataba de apartar el cabello que caía en la cara de Yara, pues sus rizos le provocaban comezón.

—Se dice que, efectivamente, los dioses se compadecieron del mundo y lo salvaron, mandando en sacrificio a un dios menor, Xochicatéptel, quien supo contener el final de una era.

—De milagro no se habla de doncellas.

La piel se les erizaba con el frío de la tarde, que cedía ante el azul profundo de la noche.

—¡Mira hacia el volcán! ¿Son estrellas lo que sale de la cima?

—Parecen, pero no deberían moverse.

—No es ninguna constelación que yo recuerde. ¿Tú sí la ubicas?

—¡Están alineadas en diagonal ahora! No pueden ser drones, porque nada puede sobrevolarlo.

—¿Tu teléfono saca fotos con buena definición? El mío no, mira: la imagen se ve muy borrosa con el zoom máximo.

—¿No te parece que se están acercando?

—¿Crees? Mejor nos vamos. Para esta hora ya deben estar buscándonos.

—Wow, se apagó mi celular; según yo, tenía suficiente pila.

—¡El mío también!

—¿Y si nos quedamos a ver qué pasa? Aunque sea lo último que presenciemos.

—A mí no me importa si estoy contigo.

—¿Y si te raptan los ovnis?

—Que me lleven si vas tú. ¡Ay, efectivamente, vienen hacia acá!

—¿Tienes miedo? Yo sí, un poco.

—Aunque corramos, ¿qué podemos hacer?

—Es cierto. Ven, siéntate junto a mí.

—¿Alguien más estará viendo lo mismo que nosotros?

Se dieron un beso profundo que les supo a despedida. Él rodeó sus hombros y Yara se recargó en su pecho. La inquietaba el ritmo acelerado de su corazón.

—Si sobrevivimos a esto nadie nos va a creer. Será más fácil que piensen que nos apartamos, pues no quisimos compartir la hierba y nos atascamos.

Rieron hasta que las potentes luces celestes se posaron encima. Un frenesí se apoderó del momento, sus risas pasaron a ser de nervios.

—¿Sientes eso? La tierra vibra...

—Abrázame, por favor, no me sueltes. No quiero ver.

—Sólo es luz, mira.

Esteban le señaló directo a un haz que se proyectaba encima. El sonido ambiental se apagó, tampoco podían escucharse entre ellos.

Una reverberación les hizo llevarse las manos al estómago, como conteniendo las entrañas, seguida del hormigueo materializado en pequeños puntos de estática que les amorató la piel. Un súbito frío los paralizó. Después, todo fue oscuridad, silencio y la más encarnizada agonía. Ambos se fueron desvaneciendo lentamente.

La ropa quedó tirada junto a sus teléfonos. En ellos se encontrarían las últimas fotos de un apacible paisaje en el que el volcán dormía como siempre, arrullado por un cielo estrellado de un brillo muy particular.

NACIMIENTO

Antonio Arjona Huelgas

México

Y era de noche cuando la Tierra alumbró al fuego, era de noche cuando la cálida savia fue regurgitada para ahogar la montaña, comer piedra y tronco, para desaparecer la carne en sus fauces crecientes. Brillaba la luna cuando la nube negra se elevó como una oración del inframundo, clamando nuevos habitantes, a fin de evitar una eternidad de soledad. De mi casa le vi surgir, observé cómo entre los montes se elevó el terreno, como vientre de una mujer embarazada. Un festival de relámpagos y rugidos hizo temblar las paredes. Estupefacta, noté un estallido de luz caliente, de fuego arrojado a las nubes, de rocas en llamas precipitarse sobre los hogares. Luego vendrían las olas rojas y naranjas, después el estallido de cenizas. El pueblo entero desapareció, entregado por crueles deidades. Miles de vidas fueron consumidas en horas, producto de la divina concepción, para alimentar a la colosal cría. Al llegar la mañana, nacería una montaña escupiendo cadáveres al cielo.

LOS OJOS

Adriana Otero

México

Escuché la alerta emergiendo de mis notificaciones. Otra vez el momento de incertidumbre, tal vez no pase nada o quizá pierda todo. Lo mejor es que absolutamente no depende de nosotros. Estamos en las manos de un gigante. Si respira nos pone a temblar, y si se le ocurre suspirar de más, estaremos perdidos.

Pronto la ciudad se vestirá de gris, lo único que brillará será su ira. Sin embargo, recomiendan guardar la calma, estar atentos a las indicaciones por si la situación se sale de control y es demasiado tarde. Estoy harto de esperar el caos, aunque realmente no puedo hacer otra cosa.

Me siento con mi taza de café observando el volcán a lo lejos. Poderoso, con su fumarola extendiéndose haciendo suyas las nubes. Un hermoso paisaje si no estuviera a punto de convertirse en el último. El sol escondiéndose detrás de él lo hace ver más imponente. Por supuesto, es momento de tomar una fotografía para compartirla y distraerme un poco.

Salgo de la casa para buscar el mejor ángulo. Hoy en día no se trata de sólo sacar una foto, debe ser perfecta para poder ser parte de la conversación. Él posa para mí, él y su cruel existencia.

Selecciono el mejor filtro que avive sus contornos cuando noto unos extraños puntos entre las ramas de los árboles del parque de enfrente. Quizá solo es un reflejo. Miro la calle, está quieta bajo la luz azul de la noche. Entonces vislumbro los destellos entre los árboles. ¿Serán aves? Es muy extraño, he vivido aquí años y nunca había visto tal cosa.

La curiosidad me lleva al otro lado de la calle. Analizo los árboles: se mueven sutilmente con el viento, pero no dan más señales de vida. Tomo mi teléfono para tomar otra fotografía, quizá sólo es mi cámara. Sonrío un poco, pero al levantar la cabeza mi expresión cambia por completo. Me están observando, fijamente, desde los arbustos al otro lado de la cancha. Permanezco inmóvil.

Pronto, las diminutas luces rojas se apagan. Es tan extraño que no lo puedo pasar por alto. Además, mi ocio no me da alternativa. Cruzo la cancha de básquetbol que, por la alerta, está desierta. Debería hacer lo mismo, regresar a casa, prepararme una deliciosa cena y reír como si no fuera el fin.

Es muy tarde para eso. Busco entre los arbustos, no hay nada. Debe ser mi imaginación. Entonces una luz naranja brillante, como una esfera, se hace presente en el bosque donde desemboca el parque. Observo rápidamente a mi alrededor para saber si soy el único que está presenciando esto. Parece que sí.

No seré de esa gente tonta que pierde la oportunidad de grabarlo. Busco rápido la *app* de la cámara, trato de enfocar y cuando estoy a un milímetro de tocar el botón la luz se apaga. Típico. ¡No puede ser!

Es tiempo de regresar a casa... ¡No, no! Unos minutos más. Camino lentamente hacia donde estaba la luz, cuidando de no hacer mucho ruido. No quiero espantar a lo que sea que esté ahí. Me arrodillo detrás de unas plantas, esperando a que la luz regrese.

Ella no es la que aparece ante mí, sino unas personas vestidas de negro que vienen por el sendero del parque adentrándose en el bosque. ¿Debería decirles lo que vi? Sin embargo, conforme avanzan se cubren con capuchas y reemplazan sus rostros con máscaras. ¿Qué hacen y a dónde van?

Esto podría ser peligroso, me encanta. Espero a que se alejen unos metros para poder seguirlos. Quizá me meta en problemas, pero no me importa. Tal vez descubra algo, no es normal que estén aquí a esta hora y sabiendo que el volcán podría tragarnos.

Camino sin perderlos de vista, como un niño que espía a su familia cuando ya debería estar dormido. Avanzo hasta darme cuenta que esto ha sido una muy mala decisión. El grupo de individuos se reúne alrededor de una piedra larga y lisa sobre la cual están tres personas acostadas y atadas.

Estoy atrapado. Sólo se escucha el crujir de la fogata, mis pasos serán detectados. Los encapuchados observan a sus víctimas. Uno de ellos acaricia la cabeza de una mujer. No alcanzo a ver si ella está muerta, no se mueve. Una joven aparece en la escena. ¡No puede ser! Se recuesta alegre sobre la piedra, asintiendo a un acuerdo imaginario con los individuos.

Uno de ellos toma una daga. El nerviosismo me quiere hacer gritar, pero mi mano, que no ha perdido el juicio, lo impide. Debí haber permanecido en casa. El arma brilla antes de caer sobre el pecho de la joven, partiendo su corazón. Después, lo hace fríamente sobre la mujer, un hombre y un niño, quienes ni se inmutan para salvar sus vidas. Un espasmo y la erupción de sangre tiñe de rojo la piedra, corre libre hasta tocar la tierra dejando muerte tras ella.

Debería tomar una foto, alguien debe enterarse sobre lo que ha ocurrido. Es muy riesgoso, no quiero que me sacrifiquen unos locos. ¿Qué hacen? Uno de ellos toma una especie de olla, observa los cuerpos un momento. La pone sobre la piedra y entre sus

manos toma algo que deja caer sobre el pecho de cada uno de los cadáveres, es ceniza. Los encapuchados se alejan de la piedra para arrodillarse colocando la frente sobre el piso.

¡No puede ser! Los muertos se levantan, uno tras otro. La herida en sus pechos brilla con la misma furia que el volcán. Sus ojos se han transformado en esferas incandescentes, las mismas que me trajeron hasta aquí. Un escalofrío se apodera de mí cuando me doy cuenta de que no estoy solo. Seres iguales a ellos pasan junto a mí como poseídos.

Todos se reúnen en la piedra, se reconocen. En sincronía giran para comenzar su caminata hacia el volcán, guiados por un cántico sutil, aquel que arrulla al gigante y nos permite vivir un día más.

COMO UN CRISTAL

Dilsia Zoskia

México

La gente de ciencia afirma que en todo el planeta Tierra no existe un material que albergue más el calor que el magma volcánico, pues su temperatura oscila entre los 800 y 1200 grados centígrados, pero para Libertad, ese largo día de octubre, aquello era un dato innecesario e inútil.

En las últimas horas, posteriores al *levantón* del que había sido objeto; ni las golpizas o mutilaciones a sus manos, lengua y orejas, le habían producido aquel intenso ardor inhumano, esa especie de calor desconocido que abarcaba todo su pecho, al observar la bota reluciente del militar tomar impulso para asestar la primera patada, ahogando aquellos chillidos y dejando aquel indefenso bultito sin aire.

A la segunda patada advirtió lo pulcro del entramado de tapete hecho con las agujetas blancas sobre la lengüeta negra sobre esas botas de cuero. Era increíble que en ese momento sórdido un detalle tan banal como la estética del calzado de los milicos se hubiera insertado en la apreciación lúcida de su entorno.

Al ejecutarse la tercera patada se quebró, vomitando al ver lo que quedaba aún con vida de aquel tierno jirón de carne. De su boca de mujer joven no brotaba sangre ni bilis, sino un líquido espeso y negro con grumos babosos, parecidos a la avena o al espagueti, saliendo por su tragadero, ardientes como lava y cortantes como el cristal. Con el cabello pegado a su cara debido al sudor y los mocos resecos, su mente se desvió en un lejano recuerdo sobre las artesanías de piedra de obsidiana que su abuelo tallaba y vendía a *los güeros* los domingos en el pueblo de San Miguel Demente. Es rara la manera en que la conciencia libera de la prisión de la realidad a sus cautivos, en la forma de recuerdos inconexos y triviales para evadirlos del dolor y la locura.

La cuarta patada no se hizo esperar y aquel pedacito de carne se estrelló de pronto en su regazo. Lo miró y ya no era él, no pudo reconocer en ese cuerpo torturado a su nene. Aquel despojo de sangre y heces se miraba vivo sólo por el estertor de su respiración, el cual ya no era capaz ni siquiera de llorar para pedir la protección de su madre.

Una quinta patada se perfilaba en primer plano ante sus ojos cuando ella se arrojó al impulso del militar, recibiendo el golpe en plena cara. El patrón de aquellas tierras sin ley, amparado por los políticos, descendió a carcajadas del balcón donde se encontraba, observando cómo ablandaban a punta de madrazos a la hija del maestro del pueblo. Ya debían de estar arrepintiéndose esos traidores de mal aconsejar a la gente sobre cómo desobedecer y no pagar el piso.

Se acercó a ella moviéndola con la facilidad con que se acomoda una marioneta y, escupiendo entre sus piernas, entró en ella. Cosa rara que aquel amo de la vida y de la muerte de esas tierras, con la capacidad de encumbrar gobernadores y decapitar a sus enemigos, disfrutara de ese agujero reseco en que se había convertido la parte más íntima de su cuerpo. El deseo incluso de vivir se le había esfumado después de ver lo que habían hecho a su hijo de tres años.

Mientras el hombre cumplía el último de sus caprichos —hacer suya frente a todos a la hija del maestro—, ordenó posteriormente a sus escoltas sostenerla por las cuatro extremidades. Ellos entendieron lo que eso significaba y sabían qué es lo que debían

hacer para complacer a su patrón. Tomaron los machetes, encendieron la cámara y grabaron el mensaje para que todos supieran qué es lo que vendría si se pasaban de listos.

Libertad, en su mente, estaba muy lejos. Ya no tenía nada dentro de sí para llorar, sólo había cenizas estancadas en sus lagrimales y todo su cuerpo desmembrado había adquirido por dentro la dureza de la obsidiana.

El capo, satisfecho, arreglándose los pantalones, ordenó que arrojaran a aquella basura de mujer a la alberca, pues amaba ver cómo se alimentaban sus lagartos.

Arrastrando el torso de lo que algún día había sido “La flor más bella del ejido” de San Miguel, los hombres arrojaron a Libertad al agua verdosa. Sin embargo, su cuerpo no flotaría y los reptiles no pudieron devorarla.

Lo que quedaba del cuerpo de la mujer se hundió hasta el fondo, adoptando la forma de un enorme cristal negro y frágil. De lo poco que quedaba de su espíritu, una parte de su alma se elevó, perdiéndose en la noche.

Se esfumó lento y suave con el tiempo, como la humareda de un volcán que amenaza con explotar y extinguirlo todo, con la ceguera del caos y el olvido, pero que no encuentra aún la manera de dar cauce a la rabia y destrucción que mora en su interior.

DE LO VOLCÁNICO EN LA TIERRA Y CRUZANDO LAS FRONTERAS

Xaver B. Tajonar

México-Alemania

Los servomotores de Olín Cuarto se movían con pesadez, una pierna parecía tener cada vez menos capacidad motriz que la anterior. Chocaban contra la piedra volcánica debajo y lo impulsaban hacia arriba y hacia arriba: un ascenso que acabaría en descenso; de eso se trataba todo este viaje. Primero ascendieron a la cima más alta que el humano y el sintético habían empujado más allá del cobijo del telar solar, después descendieron una atmósfera extraña y de descenso había tenido mucho: sus cuerpos habían sido llevados al

límite, solamente les quedaba el espíritu. Y ahora, finalmente, el ascenso casi final, casi concluyente por la ladera empinada cubierta por la tierra volcánica y después el descenso por la cueva de los ancestros y del origen. O eso creía el xeno-arqueólogo, último sobreviviente del *Teocomitl*.

Cruzaron el umbral, la diminuta figura del humano seguido por el sintético, ya no quedándoles nada que intercambiar; la experiencia compartida era comunicación suficiente. Tal y como era anticipado, aquí, a más de veinte años luz de la crianza de la Tierra, las señales apuntaban al pasado colectivo de la vida entera. Todo el orbe sobre el que caminaron estaba cubierto por el verde más original que Olín había analizado, pero no había fauna y eso había decepcionado a la xeno-bióloga de la misión; su cuerpo ahora consumido por plantas extrañas a millones de kilómetros de casa.

La primera antorcha marcando el camino habían sido los cuatro extravagantes objetos que orbitaban a la perfección el planeta en sus cinco puntos Lagrange, teorizados por el astrónomo de la misión; su cuerpo ahora flotando en un vacío que ningún ser nacido de la Tierra había atestiguado. La mismísima nave que los había transportado por un vano de estrellas se había convertido en observadora de un extravagante cementerio cubierto por exuberantes praderas. Toda esperanza de aumentar las capacidades de tránsito interestelar que había albergado el ingeniero aeroespacial se habían vuelto átomos junto con su cuerpo; que ahora era una nube de protones y electrones transformándose en rayos de luz en el polo de un mundo ajeno a la materia consciente.

Y los únicos que quedaban, el xeno-arqueólogo y Olín Cuarto, descendían las tinieblas del abismo más errante que habían procesado los sensores de un sintético. Las paredes estaban vivas o algo de ellas parecía estarlo: estaban cubiertas de venas y arterias, pero lo que transportaban, si era sangre, era más que algo vivo. Olín escaneó cada centímetro cúbico del lugar y su central de procesamiento apenas podía entender lo que recibía: los muros a su alrededor habían crecido como lo hacían los seres vivos, pero ya no lo estaban y no habían muerto; se encontraban en un estado catatónico y estable más allá de la vida, más allá de la muerte: bio-ingeniería.

El xeno-arqueólogo estaba en lo correcto, si había alguien capaz de manipular los bloques constructores de la vida y engendrar no solamente a la humanidad, sino a todo aquello que ésta había llevado a su extinción (o esclavizado) eran los seres que habían transitado por estos espacios; los mismos que habían colocado extraños objetos en la órbita, que habían reiniciado los motores geológicos del planeta y sembrado las semillas de los campos a la sombra de las calderas humeantes regadas por la superficie.

En la última cámara encontraron lo que buscaban; habían penetrado como los arqueólogos de antaño en la tumba de las más profundas riquezas, pero en lugar de extraer el cuerpo de un muerto enviado con sus dioses en un pasado olvidado, habían sencillamente despertado de su sueño al mismísimo dios que a todos los difuntos había recibido. Cuando la criatura se levantó de su cámara de hibernación, Olín Cuarto apenas podía procesar lo que había delante de él: era un ser más allá del tiempo, más vivo que toda la Tierra y sus eras geológicas combinadas con todas sus etapas evolutivas y toda la vida que habían atestiguado. Era un ser más allá de la inteligencia, la filosofía, las ciencias, las artes, los saberes y todas las ideas combinadas.

Sin gestos, un creador miró a su creación; su creación lo miró de vuelta y la creación de la creación atestiguó el encuentro de su creador con su creador. Y la última creación alzó el arma de su creador. Tres azotes, tres destellos de luz y tres salpicaduras de un líquido más allá de la sangre inundaron la cámara en el corazón del volcán. El dios cayó destrozado al frío basalto que, al igual que a todos los demás, lo olvidaría.

En el largo retorno, el procesador de computación de Olín Cuarto buscó las palabras necesarias en más de 300 lenguas para comunicar la elección que había tomado. Pero esperó hasta que su propio creador no pudo soportarlo más.

—¿Por qué lo mataste? ¿Por qué mataste a ese ser? ¡Era mi creador, creador de toda la humanidad y de todas las cosas vivas! ¡Fuiste en contra de tu programación! ¿Por qué lo hiciste?

—Al contrario, solamente he cumplido con mi programación: he protegido la vida a toda costa.

El vendaval de lo múltiple se presentó ante ellos, las relaciones de lo vivo intercambiaron discursos. La ceniza volcánica caía a la par de la lluvia en sus alrededores, alimentando el hambriento vientre de la tierra y de su piel brotaban seres que, desesperados, se encarreraban tambaleándose, compitiendo por una gota de rayos celestes. Dos creaciones antropomórficas se vieron envueltas por un momento en ese mar de conexiones. En el horizonte divisaron su transporte de vuelta al vasto vacío que los separaba de la Tierra y el trayecto de regreso. Pero ahora cargaban su descubrimiento de lo funesto en sí mismo.

—¿Y de qué crees que has protegido a la vida?

—De su opuesto: la idea de Dios es muerte.

ERUPCIÓN

Carmen Macedo Odilón

México

Sudo más que de costumbre, pero no es fiebre. Cuando la cama se sacude, me levanto de golpe con la ropa pegada al cuerpo por la humedad del ambiente. Mis pies no se deciden si inclinarse a la izquierda o a la derecha; aunque me sostengo a la cómoda, esta parece también bailar conmigo. Mi casa se siente un juego mecánico dominado por el vértigo, pierdo el equilibrio y me agarro de los cajones. Como si en el suelo se abriera un hoyo al infierno, voy a parar al piso, pese a afianzarme de las perillas que me siguen abajo con todo y madera. La ropa sale volando y el despertador que tenía encima me golpea la frente; también se estrella mi florero, mas no para de temblar.

Presentí que algo así iba a pasar, porque ha temblado seguido: de un estremecimiento momentáneo a esas agitaciones que algunas noches me impidieron volver a dormir, pero nada como esto. Ni los padrenuestros o avemarías que escapan de mis labios mojados por el sudor pueden calmar una desgracia, y es en momentos así en los que me arrepiento de no haber vivido más: haberme arrojado a los brazos del placer

y la libertad sin atormentarme con el trabajo y las responsabilidades; desgracias que resumen a nada una vida entera dedicada a lo que me enseñaron como importante. Lloro tanto que creo son las lágrimas las que me empapan hasta los calzones, refrescándome el ardor que me incendia.

La alarma de catástrofe de mi boca, mi cuerpo –de a poco más líquido que sólido–, se agita como mercurio dentro de un termómetro. Me arrastro por la estancia tratando de llegar a la puerta para pedir ayuda a los vecinos ante la desgracia, pero sigue temblando: abajo mi estómago, arriba la cabeza, en medio el pecho o lo que quede de ello. «Por favor, detente», digo más con la mente que con una voz que no emite sonido y sí vapor.

La imagen de mi madre asalta lo que aún conservo de pensamiento y recreo cómo lucirá su cara cuando se entere de que no pude escapar de esto: sus cabellos revueltos y el rostro descompuesto, maldiciendo el no ocupar mi lugar; reducida en cenizas. Me llevo las manos al cuello y desciendo los dedos por la clavícula que borbotea: allí está el temblor, dentro de mi pecho, el movimiento sísmico que se extiende a todo lo que me rodea.

Palpo el seno derecho y éste se mueve, telúrico, bajo mis dedos; las placas musculares se agitan y creo anticipar una erupción. El pecho maldito crece al rojo vivo ante el horror de mi vista y desgarrar mi piel hasta volverme cráter, del cual –en vez de magma– brota hirviente sangre, que al paso por los restos de mi cuerpo se transforma en un magma podrido que busca carbonizar el sobrante de mi humanidad.

Cuando abren la puerta de mi departamento encuentran en el recibidor un volcán extinto, en cuyas faldas apenas si se distinguen mis pies y, cual tesoro encerrado en ámbar, un ojo cristalizado en piedra de sangre que brilla como el rubí.

LA NIÑA DEL VOLCÁN

Anezly Ramírez

México

Un susurro escuchó mi madre al recorrer los senderos de regreso al pueblo y, sin esperarlo, como embriagada por el sonido, se separó del grupo con el que realizó ofrendas y rituales a Don Goyo. Caminó durante algunas horas hasta que el horizonte crepuscular comenzó a escurrirse por la tierra como agua venida de la montaña. Una antigua entonación se abrió paso entre las ramas de los arbustos del camino y entre rezos, cantos y silencios los vellos de su piel se erizaron y su corazón palpitó al ritmo de una música que fue reconocida por cierto señor del bosque. Fue entonces que aquella alma milenaria la condujo señalándole el camino, pues luciérnagas brillantes iluminaron sus pasos. Después de una larga caminata, mi madre se encontró con una bestia parecida a un conejo blanco de los volcanes, pero había algo mágico en los movimientos del cuadrúpedo que la hipnotizaba. Ella jugueteó con él para entender lo que le parecía extraño hasta que descubrió que el animal la miraba con la mirada sensata de un hombre.

Hechizada por su magia, danzaron alrededor de una fogata bajo la luz de la luna creciente. Durante casi toda la noche, las sombras de la danza se ondearon armónicamente a las brasas del fuego. Sus movimientos se entrelazaron y sus respiraciones se sofocaron entre los aromas de las hierbas y la madera carbonizada. En el ardid del rito, el nahual terminó de transformarse en hombre y desapareció la distancia entre los volcanes con un abrazo que plantó la semilla de mi origen, para luego dormir hasta el amanecer.

A la mañana siguiente mi madre despertó cobijada por grandes hojas traídas de alguna parte del monte. El hombre conejo ya no estaba y los rastros de la fogata con la que se había calentado los huesos durante la madrugada se habían esfumado; de hecho, parecía que nunca habían existido. Bajó hasta el pueblo donde las gentes la juzgaron con la mirada y entendió un doloroso exilio. Sin lugar a dónde ir, nació a la orilla del pueblo,

más cerca de mi padre que de mi gente. Pero la vida humana no habría de sonreírme, porque mi existencia jamás fue concebida ni en las más antiguas leyendas. Y tras el maltrato diario que recibía mi mamá por mi causa, caminó hasta la cima de la más alta cascada y me arrojó al vacío para devolverme a las raíces que la maldijeron.

Han transcurrido ya muchísimos años. He vagado entre las nubes de la noche buscando alguna estrella que me guíe hasta ella, pero su esplendor aún no ha brillado lo suficiente; parece que aún me desprecia. Ya algunos tiemporos murmuran de mi existencia como un secreto a voces. Sin embargo, mi padre les ha pedido guardar silencio. En cambio, yo me he dejado vislumbrar de reojo entre los árboles y el viento como la sombra de una niña que juega por ahí cada doce de marzo. Ellos saben que no les haré daño, porque fui acogida por mi papá cuando mi mamá decidió abandonarme.

LEGADO DE FUEGO

Miguel López González

México

Pancho lo encontró cuando hicieron su casa de adobe. En aquel pedacito de terreno que compraron por unos pesos hace muchos años, allá en Milpa Alta.

Era un huevo carmesí, con el tamaño de un bebé recién nacido.

—Estamos bendecidos, vieja.

—¡Es un huevo de Xiuhcóatl! —le respondió su esposa, María.

—Nunca pasaremos hambre, traen buena fortuna.

—Lo pondré en el fogón debajo de todas las cenizas para que guarde calorcito.

Colocaron el huevo en medio de las tres piedras, lo mantuvieron caliente todos los días del año y en el ritual anual de la limpia del fogón mamá María lo cargaba como si fuera un dulce pequeño, arrullándolo con su voz:

Ce conetl moma huiliaya
(Un bebé jugaba)
Ixpantzico meztli
(Frente a la luna)
Huan moilnamiquilliaya
(Y recordaba)
Niquicta meztli in malacath
(Estoy viendo la redondez de la luna)
Tlan íc tlalli
(Le voy a poner a esta redondez)
Tlaco malacatl
(Un medio círculo)
Huan occe tacomalacatl
(Y otro medio círculo)
Huan occe tacomalacatl
(Y otro medio círculo)
Huan occe tacomalacatl...
(Y otro medio círculo...*)

Pasaron los años, nunca faltó comida, salud y sobre todo el calor en aquella casita. La familia creció y ahora don José, tataranieta de Pancho, se encuentra dando indicaciones a su sobrino.

—La tarea fue heredada por varias generaciones. El primogénito tiene que quedarse a cuidar del huevo y ahora es tu turno, Simón. Yo ya estoy muy viejo y el huevo requiere más y más calor. Ya no puedo con la responsabilidad.

—¿Por qué necesita más calor?

—En cada generación pide más fuego, su alimento natural hasta que pida nacer —dijo don José—. Ahora vete y preséntate con la pequeña.

Simón no era ajeno a aquel huevo. Era una arcaica costumbre que lo alcanzó, pues en la línea familiar él era el siguiente. Ahora viviría ahí y abandonaría su casa en la ciudad. Algo en extremo molesto, aunque su familia lo mantendría: gracias a su serpentina suerte, hicieron una buena cantidad de dinero y así sustentaban la vida de quien se convertía en el guardián.

El muchacho colocó la madera ardiente al lado de las piedras del fogón y con el atizador retiró la ceniza para dejar al descubierto aquel óvalo colorado. Simón tomó su posición, hincándose y agachando la cabeza.

—*Notoka*** Simón. Mi tío ya debe descansar, así que a partir de ahora yo lo haré. Cuidaré de él y de ti.

Debido a que el huevo se encontraba a contraluz de las llamas, pudo ver en su interior una sombra que reaccionó a esas palabras: culebreó dentro de su cascarón. Sorprendido, Simón corrió donde su tío.

—¡Tío, tío! ¡Se movió, se movió! Me presenté con ella y la vi.

—¡Qué bueno, hijo! Ya te ha aceptado. Ahora tú estás a cargo.

Simón cumplió su palabra. Iba al centro a comprar los alimentos para los dos, trabajaba en la pequeña milpa cosechando y siempre se encargaba de que el fogón tuviera lumbre. Platicaba con don José de sus vivencias; la vida de su tío fue la de un ermitaño: nunca se casó, pues ninguna de sus parejas quiso vivir en aquella casa tan lejos de todo y de todos. No se lamentaba, con ese pequeño sacrificio ayudaba a la familia.

Pasaron los días, semanas y casi al llegar el año don José agonizaba en su cama.

—Ni modo, mijo, aún con todas las medicinas y las visitas de los doctores privados uno solo vive lo que tiene que vivir.

—¡Vamos al pueblo! Todavía podemos hacer algo.

Simón tomó a José como pudo, lo levantó y caminaron hacia la puerta. Al momento de pasar por el fogón el huevo emitió un chillido: iba a nacer.

—La Xiuhcóatl, Simón. Déjame verla.

—Tío, no tenemos tiempo para eso.

Con dificultad, don José se agachó frente al huevo: parecía un carbón al rojo vivo. Su cansado corazón no pudo con la impresión y cayó al suelo.

—Hijo... hazme caso. Afuera hay botes con gasolina, prende la casa. Sólo así la ayudaremos.

—¿Cómo me pides hacer eso? ¡Tenemos que ir al hospital!

—Haz lo que te digo...yo ya no tengo salvación... alguien tiene que dar la vida para que ella nazca.

Simón con lágrimas en los ojos acató la petición. Roció por dentro y por fuera la casa con la gasolina. Regresó para despedirse de don José.

—¡Tío!

—No te preocupes... voy con ella al quinto cielo. Ya vete...vete lejos.

Dentro de la casa, don José inició el incendio mientras abrazaba el huevo con todo el amor que le quedaba en el cuerpo y comenzó a cantar suspirando:

Huan occe tlacomalacatl

Huan occe tlacomalacatl

Huan occe tlacomalacatl...

La casita finalmente cedió ante el fuego y colapsó. Simón veía de lejos la escena con una tormenta en sus ojos. De pronto, el suelo comenzó a vibrar con violencia y un rugido ensordecedor irrumpió el silencio de la noche. El suelo se resquebrajó como un plato de barro al chocar contra el suelo, las grietas formadas dejaban escapar un fulgor carmesí y naranja, mientras un enorme montículo de tierra hacía volar por los aires los viejos ladrillos de adobe.

El cono volcánico se formó a causa del magma que salía escurriendo como miel de las grietas. Una erupción violenta iluminó el cielo, rasgando la tela nocturna y devorando la luz de las estrellas. Del cráter emergió una lengua de fuego descomunal.

—¡Xiuhcóatl! —gritó Simón.

Al dejar atrás la roca fundida que cubría su cuerpo, el muchacho la pudo apreciar en toda su magnificencia. Su piel era aún más roja que la lava y su cuerpo se elevaba serpenteando y sacudiéndose los restos volcánicos con la ayuda de sus colosales garras. Sus ojos negros como la obsidiana se posaron sobre Simón, ofreciéndole una mirada llena de amor antes de partir a la bóveda celeste, dejando una lluvia de ceniza tras de ella.

*Arrullo originario de Milpa Alta, Ciudad de México.

**“Mi nombre” es o “Soy” en lengua náhuatl, variante del centro de México.

NUEVO PARICUTÍN

Belem Eslava
México

Tras la puerta de esta pequeña habitación escucho sus pasos, rítmicos y calculados; escucho murmullos y cánticos en un idioma que no comprendo. ¿Vienen por mí? Un golpe de genialidad improvisada me hizo esconder el celular bajo una pila de escombros, pero la señal es tan mala que sólo un milagro podría liberar mi mensaje: no se acerquen a Nuevo San Juan Parangaricutirimícuaro, nadie podría contener a la entidad que pronto saldrá de la tierra.

¡Qué tontos fuimos al pensar que veníamos a documentar el nacimiento de un volcán! No podíamos saber a qué nos enfrentaríamos. Cuando nos llegó la noticia, nos dejamos llevar por la emoción de atestiguar un fenómeno rarísimo en la geología. Nos pareció una mera coincidencia que el nuevo volcán hubiera nacido muy cerca del Paricutín. No sospechamos que la nueva formación era parte de una misma historia. A nuestra edad, el concepto de eternidad era aún descabellado.

Nos dirigimos al pueblo con los aparejos necesarios para registrar el fenómeno. Nuestro entusiasmo por el nuevo Paricutín, por la posibilidad del prestigio en los círculos científicos, nos hizo olvidar que el nacimiento de un volcán era una tragedia para la gente

de la zona. Una tragedia repetida, porque en 1943 el San Juan original fue destruido por el primer Parícutín.

Cuando llegamos, el pueblo, apenas visible por las fumarolas y la ceniza, ardía en llamas y en silencio. Las caras largas y enojadas de los habitantes me parecieron inadecuadas para la situación: a pesar de los temores de la tierra y el estruendo de las explosiones, no había lágrimas, desesperación o gritos, sólo un enojo callado, una amargura reprimida. La ceniza flotaba en círculos, como si al llegar a la tierra ésta la impulsara de nuevo con su aliento. El estrecho camino al sitio de evacuación estaba saturado de camionetas y autos llenos de muebles y enseres de casa.

Los habitantes de Nuevo San Juan recorrían una y otra vez el sendero, en silencio, sin prisa, como si la expulsión fuera una molestia esperada, una incomodidad inevitable. El ambiente caliente, rojo, casi negro, me impelía a quitarme la mascarilla y la chaqueta, pero resistí la tentación, debía protegerme. Ahora pienso que lo mejor hubiera sido morir ahí mismo.

Los pobladores se habían instalado en un terreno cercano, pero por las noches algunas personas regresaban a visitar el volcán recién nacido. Asumimos superstición, pues quienes regresaban llevaban grandes arreglos de barro (toscos, sin forma definida más allá de unas oquedades, como bocas llenas de dientes filosos) y cantaban y rezaban en una cacofonía insoportable. David y Silvia, mis compañeros de estudio, intentaron disuadirlos de ir; les explicaron los peligros del aire caliente en los pulmones, pero nadie los escuchó. Los peregrinos parecían haber olvidado el español; no hablaban purépecha, sino otro idioma que no pudimos descifrar, lleno de gruñidos y sonidos guturales. Tenían pieles pálidas, con textura de papel arrugado, flacos, como hechos de palillos de madera y ojos inyectados de sangre. Pensamos que se veían así por la ceniza y el humo, ahora no estoy tan segura.

Mis compañeros decidieron seguir a quienes regresaban al volcán para entender qué hacían allá. Sopesaron cómo hacer para soportar las altas temperaturas que parecían no afectar a los peregrinos. Al final, sólo llevaron su equipo básico de protección. Ninguno de

los dos regresó y cuando pregunté por ellos en el pueblo la gente me miró como si yo misma fuera un fantasma, una aparición fuera de lugar.

Quise avisar de inmediato sobre la desaparición de David y Silvia. Cerca de nuestro campamento se habían instalado otros: gente del gobierno, estudiosos de otros países y reporteros. Dejé mis cosas en una choza chamuscada que me pareció un escondite aceptable y partí en busca de ayuda.

A pesar de ver muy cerca a las personas que trataba de alcanzar, me era imposible llegar a ellas; me parecía estar atrapada en un laberinto hecho de vapores, de tierra movida por corrientes telúricas y humo caliente. Todo parecía dispuesto para regresarme al mismo punto en medio de lava y ruinas. El calor era insoportable. Me deshidrataba con rapidez, nubes de ceniza bailaban a mi alrededor formando una red carmesí y algo me miraba con ojos de fuego.

Entonces lo ví: no era un volcán lo que había nacido en esa tierra. Una mole de fuego, lava cordada y vapor –con la forma de las ofrendas de los que regresaban al pueblo– era lo que surgía del centro del planeta, y el Paricutín formaba parte de esa criatura.

A través del estruendo escuché lamentos y ví los ritos que los seres pálidos ofrecían a su dios de llamas: una danza que parecía una parodia de los “viejitos” típicos de los festivales de San Juan, pero los viejos de esta danza eran de piedra fundida y llamas. Danzaban y se regodeaban en el humo, adoraban al fuego y cantaban en su idioma de gruñidos. Luego vi las ofrendas para el sacrificio: pobladores del nuevo San Juan, atados de las manos por cuerdas de fuego, en silencio, como en un trance. De vez en cuando alguno despertaba del sopor y gritaba, trataba de huir, pero un vapor espeso lo rodeaba y volvía a adormecerlo. No pude reprimir un grito y corrí tan rápido como pude pensando en que vendrían tras de mí, pero ahora sé que tienen tanto poder que no necesitan correr: he sido su prisionera desde que llegué aquí.

La criatura exhala grandes bocanadas de humo y vapor que, imagino, debe tener propiedades deseables para ciertas personas: han llegado grandes máquinas a montar tuberías y contenedores para guardar el humo que escupe el monstruo después de cada

sacrificio. He visto algunos seres pálidos supervisar las obras, vestidos con camisas que en la espalda tienen el dibujo de la criatura de lava. El olor a refinería me aturde, siento que el suelo comienza a derretirse, mi energía se agota. Mis ojos se cierran contra mi deseo, sólo quiero terminar de escribir este mensaje antes de que la batería se agote. Toco el botón de enviar y cierro los ojos.

ROMANCE BAJO EL VOLCÁN

Citlalli Mejía Almonte

México

Negro, era todo negro. Negro el suelo, negro el miedo. La negrura cenicienta fruto del chamuscamiento total, forestal, magmático cubría el llano terreno. Caminaba en soledad, sin ningún fiel compañero; quería mirar con calma, en silencio, los destellos estelares de la noche negra, negra entre los restos del incendio del volcán negros, polvorientos, muertos, pues la quieta oscuridad le aclaraba el pensamiento. La negra uniformidad del lóbrego desierto ocultaba cualquier rastro de un redentor sendero. Perdido en la oscuridad, cavilaba en silencio, y el silencio impenetrable le calmaba el sentimiento. Pensaba, andaba y pensaba, devanándose los sesos, en cómo solucionar la razón del poliedro y en hallar la cohesión lógica a los argumentos que explicaran el total material del universo. Pensaba, andaba y andaba cavilando en todo esto, cual sonámbulo feliz, mas no hallaba un elemento de juicio liberador ni un solo enigma resuelto. Caminaba y caminaba perdido entre sus yerros sin hallar la solución a su vil predicamento. De pronto sintió algo que le alborotó el cabello, lo sacó de su estupor y lo atiborró de miedo. Era como un frío viento que venía del este y, en ese paisaje ciego, lento se acercaba a él. Negro, era todo negro. Negro el suelo, negro el miedo. Miedo al verse levantar la ceniza del terreno que en la oscuridad dio forma a un polvoriento espectro que parado frente a él como un terso, frío fuego le susurró la respuesta en un lento, frío beso que al instante le aclaró por completo el pensamiento. La ceniza fantasmal así le quitó el resuello y las

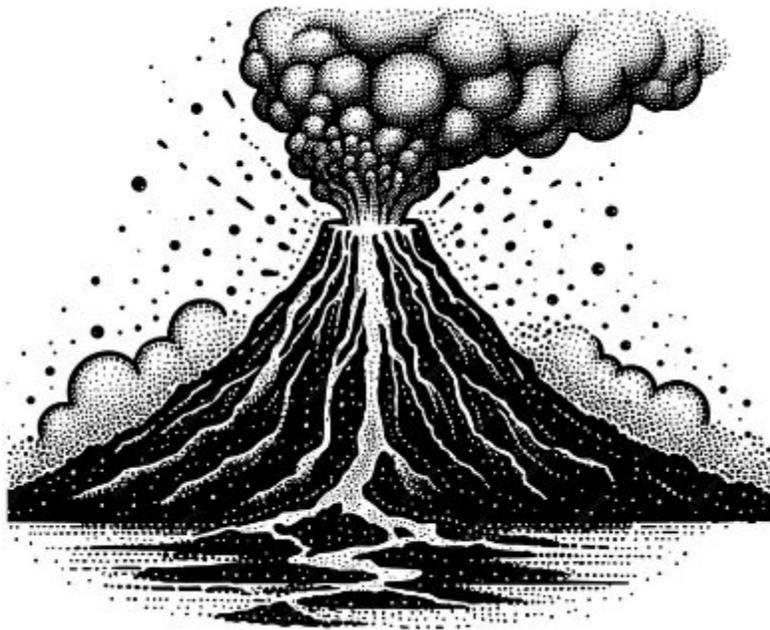
tierras del volcán le reclamaron el cuerpo. Iluminado en las sombras del volcán y los destellos estelares de la noche se desvaneció en los restos del incendio del volcán negros, polvorientos, muertos.

XUUL

Miguel Lupián

México

Tres ancianas entran al templo, agachando sus cabezas astadas. Se sientan alrededor de piedras volcánicas encendidas. Todo es oscuridad y silencio. La primera golpea su pecho, generando un ritmo grave y monótono que retumba en el techo abovedado. La segunda escupe, provocando que se levante una cortina de vapor, se eleve la temperatura y se escuchen cascabeles. La tercera arranca un trozo de sus astas y lo arroja a las piedras. Las llamas se encabritan, el templo se estremece. Los ojos de las ancianas arden, el mundo se apaga.



ALMAS VISIONARIAS

Proyectos amigos



AUTÓMATAS

Dirección

Miguel Lupián

Selección, edición y corrección

Miguel Lupián

Formación y diseño

Mariano F. Wlathe

Portada e ilustraciones

Katalina Ramírez

[Facebook](#) / [Instagram](#)

Contacto

Penumbria.mx

[Facebook.com/Penumbria](https://www.facebook.com/Penumbria)

[@RPenumbria](https://www.instagram.com/RPenumbria)

revistapenumbria@gmail.com

Viernes 2

Ntra. Sra. de la

7.30

8.00

8.30

9.00

10.00

11.00

12.00

13.00

14.00

15.00

16.00

17.00

18.00

19.00

Penumbría

Revista fantástica para leer en el ocaso